

ARMAS Y LETRAS

ARTES · CIENCIAS · INVENTOS · VIAJES · DEPOR-
TES · LITERATURA · PASATIEMPOS · CURIOSIDADES
— VULGARIZACIONES CIENTÍFICAS —

DIRECTOR · PROPIETARIO

VICENTE VALERO DE BERNABÉ

30 DE ABRIL DE 1923

AÑO IV. Número 55



Ayuntamiento de Madrid

LA PISTOLA NACIONAL



REGLAMENTARIA-EN-EL-EJÉRCITO-ESPAÑOL

FABRICANTES:

ESPERANZA Y UNCETA. { GUERNICA^o (VIZCAYA)

DELEGACIÓN GENERAL: A.V.D. BERNABÉ & MAYOR 86 MADRID

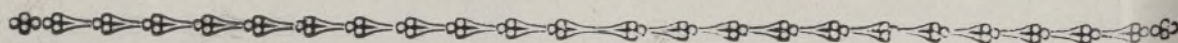
Unica reglamentaria en el Ejército.

**Unica reglamentaria en el Cuerpo de Carabineros,
en el Cuerpo de Prisiones y para los Jefes
y Oficiales de la Guardia civil.**

CALIBRES, 9 mm. 7'65 y 6'35

**Los señores Jefes y Oficiales pueden adquirir a plazos estas pistolas
por conducto de**

A R M A S Y L E T R A S



Ayuntamiento de Madrid

INDUSTRIA Y COMERCIO DE MADRID

CASAS QUE DEBE USTED VISITAR

MENA
FOTÓGRAFO
CARRETAS, 39
(Frente a Romea)

Tres carnets para identidad 3 pesetas.
Ampliaciones de SS. MM. del uniforme
que se desee para cuartos de banderas y
estandartes a 25 petas. Novedad foto-
gráfica, 33 calcomanías para aplicarse en
papel, cartas, cintas, esmaltes, 5 pesetas

**COMPañIA GENERAL DE AGUAS
MINERALES**

REINA, 29 Y 31

Teléfono M. 1444

Admón. de Loterías núm. 16. -- P. de Santa Cruz, 2
Su Administradora D.^a Felisa Ortega, remite a provincias, ultra-
mar y extranjero los pedidos que le hagan, siempre que vengan
acompañados de su importe.

BLANCO HUECAS

para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto el más
utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsimiles.
Pedidos a las Huérfanas del comandante Huecas.
Colegiata, 5, cuarto núm. 1. — MADRID

Joyería Hispano-Belga

MONTERA, 22

Joyas artísticas y econó-
micas. Relojería garanti-
zada de todas marcas.

CAMAS Y MUEBLES ECONOMICOS
NO DEJE USTED DE VISITAR ESTA CASA

Balbino Díez García. PELAYO 70 (próximo a Fernando VI).

MATERIAL ELÉCTRICO

LAMPARAS DE TODAS CLASES

A. PAJARES

Jardines, 7 y 9

Descuento de 5 por 100 sobre toda venta que haga la casa a los
militares que lo acrediten.

Construcciones en zinc, plomo, palastro y cha-
pa galvanizada.

Hilario Puerta García. *. Primera casa en envases para aceite.
Postigo San Martín, 7. — Teléfono 3.378

AVISO: La casa que más paga oro, plata,
platino, dentaduras, alhajas y pape-
letas del Monte **Plaza de Sta. Cruz, 7 (platería)**

R. FERNANDEZ ROJO, GRABADOR

Fábrica de sellos de caucho. Precintos de varias clases.

Teléfono M. 415. — FUENTES, 7. — MADRID

LA OCASION

COMPRA y VENDE
motocicletas, bicicletas,
accesorios, gramófonos
y discos.

Mayor, 68

CASA HERNANDO

MAYOR, 29

Teléfono 2485 M

Venta de toda clase de máquinas de escri-
bir. Reparaciones muy económicas. acce-
sorios de toda clase. Cintas, papel, car-
bón, tampones y efectos de escritorio. Se
hacen abonos para Madrid y provincias.
Presupuestos gratis.

Servicio de la Compañía Transatlántica

LINEA DE CUBA-MEJICO

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña para Habana y Veracruz. Salidas de
Veracruz y de Habana para Coruña Gijón y Santander.

LINEA DE BUENOS AIRES

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y
Buenos Aires, emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y de Montevideo.

LINEA DE NEW-YORK, CUBA-MEJICO

Saliendo de Barcelona, de Valencia y de Cádiz para New-York, Habana y Veracruz. Regreso
de Veracruz y de Habana, con escala en New-York.

LINEA DE VENEZUELA-COLOMBIA

Saliendo de Barcelona, de Valencia y de Cádiz para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, San-
ta Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puer-
to Cabello, La Guayra, Puerto Rico Canarias, Cádiz y Barcelona.

LINEA DE FERNANDO POO

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz para Las Palmas, Santa Cruz de
Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa. Regreso de Fernan-
do Poo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Además de los indicados servicios, la Compañía Transatlántica tiene establecidos los especia-
les de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos del Cantábrico a New-York, y la línea
de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Com-
pañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servi-
cio. Todos los vapores tienen telegrafía sin hilos. También se admite carga y se expiden pasajes
para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares. Las fechas de salida se anun-
ciarán con la debida oportunidad.

¿CALLOS?

Ungüento mágico

es el callicida por excelencia. Pregunte a cuantos lo han usado, y oirá usted maravillas. En tres días saca de raíz callos, juanetes y durezas. Pídalo en farmacias y droguerías. 1,50. Per correo 2 pesetas
FARMACIA PUERTO, Pl. San Ildefonso, 4,
MADRID

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. - Gemelos prismáticos Busch - Zeiss - Goerz.
Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. - Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. - Teléfono M. 4.205 - MADRID

Escopetas. - Artículos para caza y viaje. - Objetos para regalos. - Máquinas de escribir, bicicletas y motocicletas. - Pañuelos de Manila y mantillas de encaje

ANTIGUA IMPRENTA MILITAR

DE

CLETO VALLINAS

Modelación impresa para todas las Armas y Cuerpos del Ejército. * * * Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda. 5. MADRID

Zuleros: Zutor 1, y Ventura Rodriguez, 17.

Teléfono 1.548 - J

SERNA

COMPRO, VENDO

Alhajas,

Papeletas del Monte,

Oro, Plata,

Relojes de buenas marcas,

Antigüedades,

Pianos, Autopianos,

Escopetas,

Máquinas fotográficas,

Gramófonos,

Máquinas de escribir,

Prismáticos

y cualquier objeto de valor.

HORTALEZA, 9

TELEFONO 53-51

ARTÍCULOS DE OCASIÓN

EFFECTOS MILITARES Y CORDONERÍA

Bandoleras, Ceñidores, Tirantes, Fiadores, Charreteras, Dragonas, Hombreras, Fajines, Fajas, Forrajeras, Galones, Soutaches, Cordones de ayudante, para medallas, bastón, Espadas, Espadines, Sables y Condecoraciones

CELADA

Mayor, 31 - MADRID

Teléfono 2274

Fábrica movida por electricidad

Espuelas, Espolines, Golas, Plumeros, Gorras, Gorros, Roses, Entorchados, Botones, Emblemas, Números, Estrellas, Bordados, Cintas, Rosetas, Lazos, Canutillos, Lentejuelas y Materiales para bordar

Papelería e Imprenta de Felipe Martín Crespo

Calle Mayor, 47.

MADRID

Teléfono 211-M

MEMBRETES, EMBLEMAS PARA TODAS LAS ARMAS Y CUERPOS DEL
EJERCITO

Enseñanza de la Esgrima del fusil con bayoneta

Autor: Capitán D. Luis Pumarola
Profesor de la Academia de Infantería

Interesantísimo libro que complementa el reglamento de instrucción táctica de la Infantería.

Los pedidos al autor.

Precio: UNA peseta.

Si vuestra industria tiene relación con Centros, dependencias oficiales, oficinas del ejército o con cualquier manifestación de deporte o ciencia, anúnciese en ARMAS Y LETRAS y verá prosperar su negocio.

Pida tarifas y presupuestos.

Anuncios por palabras

LITERATURA Militar preceptiva, por Fernando de Altola-guirre. De texto en la Academia de Caballería. Único libro de consulta, sobre tal materia, para el Cuerpo de oficiales. Precio, con el apéndice, 8 ptas. Pedidos al autor. Lista, 73.—Madrid.

PARA pasar un rato distraído nada más apropiado. Cervecería-Bar, servido por señoritas. Cádiz, núm. 7.

PARA hombres.—Ayer ventrudo, hoy enjuto: es que uso las Fajas de Justo. Probarlas es adoptarlas. Carmen, 10, corsetería.

GRAN HOTEL.—Alicante. Propietario, Miguel Simón. Servicio esmerado. Los militares, mediante la presentación del carnet militar, obtienen una bonificación del 10 por 100.

CLEMENTE Y GARCIA.—Camisería. Ropa blanca. Equipos. Canastillas. Batas. Especialidad en blusas. Calle Mayor, 34. Madrid.

ACERO.—Sastrería militar. Fábrica de paños en Béjar. Proveedor de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra. Se remiten modelos de prendas a las Juntas económicas. Talleres: San Marcos, 36 y 38. Madrid.

Disponible

Ayuntamiento de Madrid

un buen jinete

hace un buen

Caballo

*Si deseais
que vuestras
cuadras ga-
nen siempre
emplead*



**Resolutivo Rojo Mata
Cicatrizante Velox
Anticólico F. Mata**



DOS GRANDES TRIUNFOS DE LA GASOLINA "SHELL"

1.º de Noviembre.

Campeonato del Real Moto Club de Cataluña.

Los primeros premios en todas las categorías.

5 de Noviembre.

Gran carrera internacional de automóviles "PENYA RHIN"

- | | |
|---------------------|-------------------|
| 1.º Lee Guines. | «Talbot Darracq». |
| 2.º Conde Zborosky. | «Aston Martin». |
| 3.º Ramassotto. | «Chiribiri». |
| 4.º Seegrave. | «Talbot Darracq». |
| 5.º Batlló. | «M. A.» |
| 6.º Feliú. | «Elizalde». |

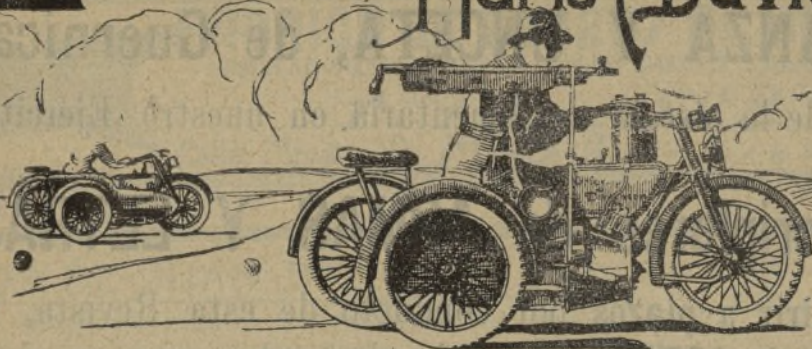
TODOS CON "SHELL" LA GASOLINA QUE EXIGEN
LOS QUE SIEMPRE TRIUNFAN

DE VENTA EN TODA ESPAÑA

Ayuntamiento de Madrid

LA MOTOCICLETA MILITAR

es la **Harley-Davidson**



EXPOSICION Y VENTA
J. A. DE LANDALUCE
MARQUES del RISICAL - 7 - Madrid

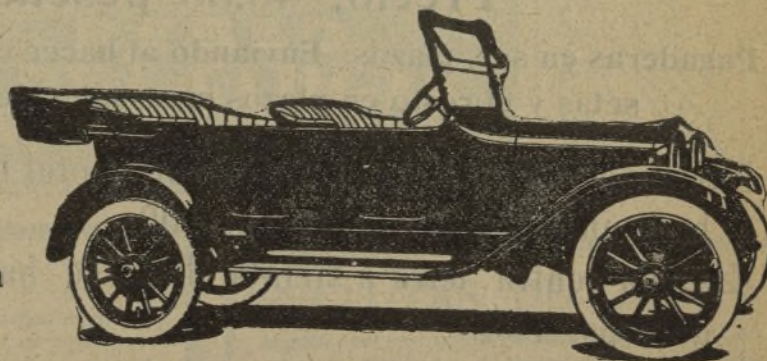
AUTOMÓVILES
DODGE BROTHERS

AGENCIA
Auto - Tracción
(S. A.)

Garage

Talleres

Exposición



Martínez Campos, 49

MADRID

Teléfono J-80

Ayuntamiento de Madrid

INTERESANTE

Por convenio con la Casa

ESPERANZA Y UNCETA, de Guernica
fabricantes de la pistola reglamentaria en nuestro Ejército.

Los suscriptores de **ARMAS Y LETRAS**

pueden adquirir a **plazos** por conducto de esta Revista, la preciosa pistola **ASTRA** reformada, de triple seguro, modelo ultramoderno calibre 6,35.

Tiene todas las ventajas:

No se puede disparar por equivocación.

No se puede disparar por golpe contra el suelo.

Sacado el cargador, no se puede disparar el cartucho que queda en la recámara.

Indica el exterior, si está o no cargada.

Ofrece las máximas garantías. Gran precisión. Rápido desarme.

Precio, 46,50 pesetas.

Pagaderas en seis plazos. Enviando al hacer el pedido 11,50 pesetas y el resto en plazos mensuales de 7 pesetas.

Enviando por anticipado su importe total en giro postal, se hace un descuento de 10 por 100.

Enviada contra letra a treinta días, se hace un descuento de 5 por 100.

Enviada en paquete contra reembolso, se hace un descuento de 5 por 100.





Roca
Fotografía

AMPLIACIONES MAGNÍFICAS Y ADMIRABLES
RETRATOS DE BODA
son sus especialidades

TETUAN-20



FABRICA DE GORRAS DE UNIFORME

GORRAS KAKI ULTIMOS MODELOS • ROSES • CHACOTS • KALPANTS

F. VILLAVEDE

Calle Mayor 39. MADRID Envios a Provincias

HIJOS DE JUAN BAUTISTA FEU

DESPACHO: MONTERA, 19

(FÁBRICA: MESÓN DE PAREDES, 79)

MADRID

Establecimiento de toda clase de artículos militares, premiado con diplomas de Honor y Medallas en las Exposiciones a que ha concurrido.
Fábricas de botones de metal para el Ejército y Armada, libreas, ferrocarriles, etc. etc. — Condecoraciones finas y falsas de todas clases —
Medallas para premios y exposiciones — Insignias y distintivos con y sin esmalte.

ESTABLECIMIENTO DE
JORDANA

Príncipe, 9.-MADRID.- Teléfono 4.036

Especialidad en artículos para regalos con motivo de ascensos y recompensas.



CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BANDERAS PARA REGIMIENTOS.—FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES.—CHARRETERAS, DRAGONAS Y HOMBRERAS.—CASCOS, GORRAS Y ROSES, CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BORDADOS.—BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ESTRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOLINOS, PLUMEROS Y GOLAS, ETC., ETC.

CENTRO GRAFICO ARTISTICO

BLASCO DE GARAY, 32

TALLERES DE FOTOGRAFADO

TELÉFONO 22-001

ESPECIALIDAD EN TRABAJOS DE COLOR



**BEBED
AGUA FARGAS**



BORISOL ANTISÉPTICO Y DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca, garganta, oídos y de los órganos genito-urinaros.

FARMACIA TORRES MUÑOZ.—San Marcos, 11.—MADRID

RECLUTAS DE CUOTA

Acudid para aprender la instrucción a la ESCUELA CÍVICO-MILITAR. La mejor y más conveniente.



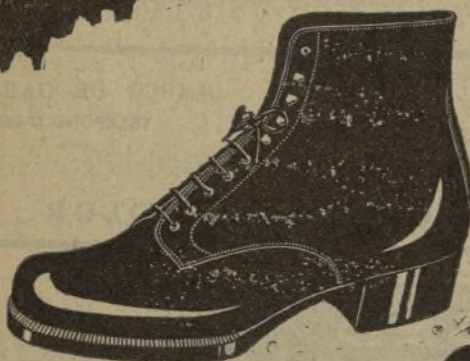
ATLANTA

Depósito de calzados.
San Marcos, 37-Madrid.

Proveedor oficial de
la Cooperativa del
Ministerio de la Guerra

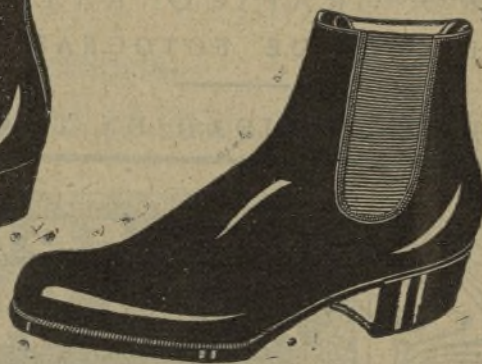
Especialidad en medidas.
Fabricación propia.
Envíos a provincias.
Solicítese catálogo.
Ventas al por
mayor y menor.

(Rosado Rivas)



Núm. 13.218 F.

Brodequín ternera oscaría
lisa, planta punteada
36 pesetas.



Núm. 17.216 F.

Bota enteriza, moldeada, box-calf,
planta punteada 38 ptas.
La misma con doble suela. 40 ptas.

Sucursales: Melilla: O'Donnell, n.º 23.
Barcelona: Pelayo, n.º 14, 3.º 2.º

Ayuntamiento de Madrid

ACADEMIA TORRES

PREPARACIÓN PARA EJÉRCITO Y MARINA :: ::

:: :: ARTILLERÍA E INGENIEROS DE LA ARMADA

RESULTADO OBTENIDO EN EL ÚLTIMO AÑO, 41 PLAZAS EN EJÉRCITO Y 19 EN MARINA
EN ARTILLERÍA DE LA ARMADA OBTUVO 9 PLAZAS DE 10 CONVOCADAS

Este centro de enseñanza dispone de capilla a cargo del director espiritual del mismo

EXTERNOS * MEDIO INTERNOS * INTERNOS

CALLE DE PIAMONTE, NÚM. 7.- - MADRID

*En campaña, en guardias, en maniobras del V.
Necesario siempre consigo una Pluma Ideal
Waterman*

Conocida en el mundo entero :: Es la mejor.

Precio del modelo »Safety», 30 pesetas.

Pidiéndola por conducto de «Armas y Letras», la
CASA CRESPO la facilita a los jefes y oficiales del
Ejército, para pagar en seis plazos mensuales, sin aumento
-: de precio. Devolución en los ocho días al no convenir :-



Casa Crespo

Mayor 47

MADRID

EL MAS EXIGENTE

saldrá plenamente satisfecho de los

Grandes saldos de Colegiata, 2 y 3.

• • •

Pieles, géneros de punto, artículos de seda,

:: guantes, medias, etc., etc. ::

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,
CEPILLERÍA, ESPONJAS

y ARTÍCULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. e Atocha, 49.

CASA MUY BIEN SURTIDA

PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3.ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO



SASTRERÍA
MILITARY PAISANO

ALVARO

Mayor, 20 pral. - MADRID

PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Pianos, Pianolas,
Bicicletas y Máquinas de escribir.

CASA DE COMPRAS Y VENTAS LA OCASIÓN

TOLEDO, 55 - TELÉFONO 797 - MADRID

JESUS MARTINEZ

Especialidad en gorras de plato, roses, chacots y
kalpats. Calle Mayor, 57, MADRID. (Frente al café
de Platerías.)

SANTIAGO SANCHEZ QUINONES



ACCESORIOS

para Automóviles, Globos y Aeroplanos

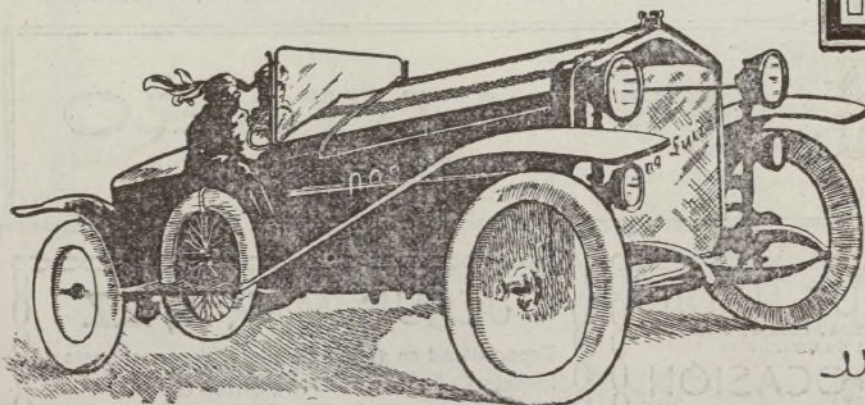
PROVEEDORES DE LA AERONAUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores NAPIER para aviación.—Cables de goma.—Tensores.—Tubos de acero.—Cuerdas de piano.—Cables de alta.—Cojinetes de bolas.—Hélices. Neumáticos.—Ruedas metálicas.—Telas para globos.—Trajes eléctricos para aviadores.—Tornillería de acero.—Aceites y grasas OLEOSOL, etc.

TELÉFONO J-1342

ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Chéreau

Gráfica Universal, Princesa, 14.—MADRID

Ayuntamiento de Madrid



ENTRE JUAN Y PEDRO

—¡Celipeeee! ¡Rediez! ¿Aonde vas asín?...
 --Mal has hecho en llamame, maño... ya no podré hacer a lo qu' iba...
 --Poca gana tendríais...
 --No seas mostrenco... iba a icile al catalán qu'escribiese a mi casa...
 --Pero, ¿no sabes tú escrebir?...
 --Algunas letrícas, sí; pero cuando las ajunto, icken que ni icken na...
 --Si tuviás el capitán que tengo yo... ya sabrías, ya...
 --¿Sus enseña él?
 --A raticos, sí... pero otras veces, en cuantico no tenemos na qu' hacer, pus va y agarra a los que saben y con lápiz, u como sea... tú a éste, éste a tú, y así mus va colocando; y por si no queremos... la noche que llueve u hace frío, los que saben de leer y d'escritura, a dormir... y los que no sabemos, a la imaginaria...; ice que si no cuidamos a los maestros, nos se morirán y no podremos aprender.
 --¿Y qué culpa tiés tú de que no t'haigan enseña, pa que t'haga tomar frío?
 --Asín se lo dije yo una tarde que se llevó el pobre un sofocón pa qu'aprendiera la i grande qu'hacen los griengos... y ¿sabes lo que me dijo, mu serio? Que si yo hubiá quisido, lo mesmo qu'aprendí la brisca y el guiñote y el mus, pude aprender a escribir.
 --Eso es verdá... no le des güeltas, maño... tó lo que quíe aprender el hombre que tié alguna conciencia, lo aprende...
 --¡Oye!... No m'has icío lo qu'ibas a icile al catalán que dijera a tu casa...
 --¡Como m'has cortao!...
 --Tiés razón... anda... dísemelo...
 --Pos una cosa que les alegrará la mar... que nos vamos d'aquí.
 --¿Se lo damos tó a ese de la crín?
 --No, hombre, no... es que, según leía anoche el teniente Pérez en un papel d'esos qu'hacen en Madrid... ese paisano general qu'ahora mus manda ha icido allí que tó lo van a hacer los paisanos, sin

premitir... aguante... a ver si lo recuerdo... sí, eso es... sin *premitir que los elementos armados se metan en nada*; y si no vamos a meternos en na, pus digo yo que nos iremos...

—No está mal cavilao... pero... tamién icken otras cosas... ¿T'acuerdas la trifurca que tuvieron el capellán y el comendante, porque éste icía que debíamos hacer aquí lo que los franceses hacen allá abajo?

—Sí que m'acuerdo, sí; y aluego los papeles icían que tenía razón el comendante, que debíamos aprender d'ellos, que llevan más tiempo aquí...

—Pos si s'hace eso... no escribas entodavía a tu casa... aspera una miajica...

—¿Por qué?

—Pos figúrate... miá lo que pone aquí... que el general de los franceses, que no es paisano como el nuestro, está reuniendo gente pa metese en unos sitios, aonde no le dejan entrar, pa protegelos; y dimpués que los tenga achicadicos, irá un paisano de verdá p'arreglarlos...

—¡Otra! Eso es al revés que lo que mosotros hacemos... a ver si nos dan una manguzá...

—No hombre, no; qué poco leío eres... es más mejor; a lugar de icir que primero venga un general y aluego un paisano, pos... tener uno qu'haga a las dos caras... ¿Lo entiendes?

—Oye... las casas que dan al sol y al cierzo, u son mu calientes cuando no hacen falta, o mu frias... nunca se está bien en ellas... ¿No les pasará algo asín a esos señorones de dos trajes?

—Que no, hombre; que no... verás... ¿que dejan entrar?... van ellos... ¿que no dejan?... vamos nosotros y esté quiero y esté no...

—Tampoco entramos... que no, maño; que no es por ahí... ¿quiés tener fresco? haz la casa al cierzo... ¿que quiés calor?... tira p' al otro lao...

—Eso es una exagerancia... si la pones mitad y mitad...

—Güeno... total, que tú crees que no nos iremos...

—Pero ascucha, qu'eres más crédulo... mientras las castañas se caen solicas y en arena, las puén cojer los críos; pero si hay que mover el árbol y a más caen en la hoguera, ¿quién las va a hacer que caigan? ¿quién las va a sacar de la lumbre?

—Pos ¿pa qué ice ese señor que los soldaos no nos meteremos en na?; o ¿es que vamos a estar pa las duras na más?

—¡A saber pa lo que estaremos!... Oye, ¿qué es aquello que sube por allí?... parece el convoy... ¿cómo golverá hoy tan pronto?...

—Porque no habrá podido pasar... ¿no t'acuerdas que anoche llovió un poquico?... ¿qué buscas ahí?...

—Un puente mu majo qu'hi visto en el papel en que venía el tocino... míalo... aquí está... icken

que se hace en la mar de poco tiempo... es mu ma-
jo... ¿verdá?

—Ya podíamos comprar unos cuantos así, por-
que eso de que en cuanto crece el río una miajica
no podamos llevales de comer a los que están allí...
¿aonde es ese puente?... será de Rusia u de la
China...

—¡Qué infeliz eres!... Ese puente está hecho en
Madrid, en el campo de instrucción que tién allí...

—Pero, ¿hay algún río que pasar?

—Se conoce... cuando lo han hecho...

—¡Mía qué lástima! No tener aquí una doceni-
ca... ese paisano que mira tan ansioso... ¿es?...
—No seas malicioso, maño... ya sabes que con
los superiores no se pué uno meter...

—Si yo no digo na de naide... creí qu'era algún
paisano de esos que saben lo que pasamos aquí, y
que, pa que no se queden sin comer aquellos d'allá
arriba y encima se los coman algún día, mos iba a
comprar unos cuantos... si no hay río allí, ¿pa qué
los quieren?

—Como son puentes de soldaos y no quien que
nos metamos en na...

—No siendo en el agua o en la lumbre.

—¡Ties razón! d'aquí a que volvamos, ya llove-
rá, ya...

—Siquíá fuea mucho... a ver si se levantaba el
puente ese y mos lo traía el agua...

—Dime, maño... ¿Cómo van a pasar esos que lo
van ha hacer too?... porque por el aire... ya han
aprendío los moricos eso del tiro de pichoncicos...
antiayer abajaron un ariplano a tiros y le llenaron
las alas d' agujeros...

—Sí... van aprendiendo muchas cosas esos con-
denaus.

—Sí, pero...

—Pero qué... ¿a que va resultar que aquí los co-
nejos no se puen cazar como allí?

—Sí, cazarlos sí... lo mismo qu'allí...

—¿Pos entonces?

—Es que hay cosas... no sé si me comprendo lo
que pienso... verás... fégúrate qu'en vez de conejos
son toros... ¿eh?... arrempujan por allá y los anima-
licos, como aquí los dejan pastar, pos se vienen y...
no pasa na... pero si nosotros empujamos tamién,
como son animales de sangre, en cuantico ven que
no hay salida se acuerdan de lo que tién en la ca-
beza, y... riéte tu d'aquello que pasó el día de ino-
centes.

—¿Cuáles son los inocentes, aquéllos?...

—No, hombre, no; ellos arremeten dimpués de
hicinos que estemos quietos un poquico... empujan
las moscas al otro lao y...

—Y mosotros a sacar los queros y a movelos, los
paisanicos esos de la cevelización ¿no?

—¡Cada día eres más tonto!... anda... ile al
catalán qu'escriba a tu casa que t'asperen... que
como no t'has de meter en na... ¡ridiela si sois
tontos!

Por la trascripción,

FERNANDO DE ALTOLAGUIRRE

RECUERDO

*He visto guarecidas detrás de una ventana
en Madrid y a la hora de un bello atardecer,
cual figuras vivientes de una estampa pagana,
tres mujeres con rara belleza de mujer.*

*Reían desgranando sus carcajadas locas
locamente como esas hembras de tentación
y con ictus galano se entreabrían sus bocas
siguiendo el curso de una banal conversación,*

*Sus rostros cual capullos del rosal de la vida
impresos han quedado en mi alma dormida.
Por eso quiero ahora recordarlos aquí.*

*Ya que sólo el recuerdo de lo que vi algún día.
me embriaga de lirismo y una extraña alegría
lentamente, muy lenta, se apodera de mí.*

RAFAEL MONTEALEGRE.



CUENTOS DE "ARMAS Y LETRAS"

UN RAPTO SINGULAR

Era él un vejancón recio, bastote, que, a punto de rendirse al peso de los años, y aun a despecho del vacilante andar, todavía ostentaba vestigios de pasada fortaleza. Era una ruina, sí; mas, como el roble secular, de carcomido, pero robusto tronco, cual las vetustas torres de castillos centenarios, piedra a piedra roídas por celliscas y heladas, y con aplomos socavados por la hiedra y los siglos, era el tío Paco una imponente ruina que, a través de las seniles flacideces del corpachón que hacia la tierra se abatía, rememoraba el vigor y la fuerza del gallardo mozo que muchos, pero muchos años antes se había casado con Juana.

Era ésta una viejecilla despierta, enjuta, menuda, apañadita, con ojos limpios, claros, que al posarse en su Paco brillaban con suavidad tan sólo comparable a la dulzura, con que al mirar a Juana resplandecían los de él, bajo las duras cerdas de sus cejas.

Nacidos en el monte, en dos chozas gemelas, juntos jugaron de muchachos, y juntos siempre, correataron los campos; llevándola él en sus membrudos brazos cuando una carrera sobrado larga rendía a la chicuela; saltando con su ligera carga los arroyos para que no se le mojaran los menudos piecezuelos; yendo a buscar, para ella, al fondo de los bosques y a lo alto de los riscos, nidos, fresas y madroños silvestres. Ella recomponía o curaba los desgarrones que en ropa y carnes solía traer él a la vuelta de correrías tales entre zarzas y espinos; le reprendía blandamente por no cuidarse de su

piel ni su traje, y, como recompensa a las finezas de él, siempre tenía en los bolsillos de su delantalejo castañas, avellanas o nueces, y, lo que valía más, una alegre sonrisa entre los labios frescos.

Sentados una tarde en una umbría del monte, de improviso sintieron que pasaban de chicuelos a mozos.

—¿Quieres que nos casemos?—dijo Juana con candorosa ingenuidad.

—¡Claro!—contestó Paco, con los ojos de par en par abiertos, muy admirado de que le preguntaran cosa tan natural: y más aún de no haberla él propuesto antes.

Y con tal sencillez se hicieron novios, y con la misma se casaron.

Eran uno para otro, y los dos para en uno, y aunque la vida y la pobreza los probaron con escaseces y trabajos, su mísera casucha fué para ellos palacio del amor que se tenían, sabiéndoles a gloria la mezquina pitanza, entre ambos compartida. Tuvieron hijos, sufrieron y lloraron al perderlos, pero los lloró ella en los brazos de Paco, donde todo dolor se adormecía, y atento Paco a enjugar con sus labios las lágrimas de Juana, apenas se enteraba del escozor del propio llanto.

Cayeron sobre ellos años y años, blanqueando las cabezas, doblegando los cuerpos, marchitando los rostros; pero dejando joven, como en sus mocedades, lozano como entonces, aquel hermoso amor que desde niños anudaba sus almas.

Eran viejos, muy viejos, pobres, pobrísimos, pero



mucho más felices que pobres y viejos. La larga villa en que la de los dos se habían fundido se desliza apacible, serena: sin un día de ausencia, sin nubes que empañaran la limpidez de su cariño.

Cuando los conocí, la débil Juana seguía siendo, como siempre había sido, reina y señora de la fortaleza de Paco; la fuerza de él, sostén, abrigo donde se cobijaba ella; y el hogar de ambos, blando nido donde la frialdad de dos vejees arregazábase al calor de afecto inextinguible.

Había sido Paco hortelano de un ricacho que, cuando la vejez hizo a nuestro héroe inútil para el trabajo, tuvo la caridad de dejarle usufructuar de balde la casita donde desde su boda había vivido; pasándole, además, una pensión que, aun siendo corta bastaba a asegurar la tranquila vejez y la modesta dicha de los *palomitos*, como todos llamaban en el pueblo a la anciana pareja. Pero murió el caritativo bienhechor, distribuyéndose sus propiedades entre herederos que residían muy lejos; y de la noche a la mañana les faltó la pensión, y recibieron orden de desalojar la casa.

¿Qué iba a ser de ellos?... Muerto su amo, no quedaba en la aldea persona de posibles; la lástima que a todos inspiraban no les sirvió de ayuda, por falta de recursos en quienes la sentían. Intervino el Alcalde, acudiendo al Gobernador de la provincia, y éste dispuso fueran admitidos en un asilo.

Llegó el día de sacarlos de aquel hogar cuyas paredes los habían visto envejecer dichosos, del santuario de su amor apacible y honrado, donde en cada rincón dejaban un recuerdo, abandonado en el ocaso de la vida, cuando ésta ya no es sino recuerdos. Sentían los infelices que algo muy hondo se desgarraba en su alma, que se quedaba su amor huérfano, que las íntimas alegrías y caricias en común disfrutadas, y los dolores a la par sufridos, se profanaban, al aventarlos del arca santa donde a otro día iba a vivir cualquiera. Salieron, y al mirarse, vieron lo que su amor feliz les ocultó hasta entonces: que ya no eran sino dos viejos desvalidos,

decrépitos, y por primera vez les dolía su amor con punzadas de mutua compasión: dolor que les unía con tanta o mayor fuerza que el sereno gozar de los pasados días.

En una tartana hicieron el corto viaje a la capital, llevando Juana la nevada cabeza reclinada en el pecho de Paco, apretándose a él mucho, y sus manos con las de él enlazadas. Llegaron al Hospicio, donde les aguardaba dolor aún más acerbo que el padecido

al dejar su casita. En el asilo había dos departamentos: el de los ancianos y el de las ancianas; el reglamento no consentía promiscuidad de sexos, y el reglamento iba a romper la unión dichosa por el amor formada y por Dios bendita, quebrando en dos su única vida. Cuando se lo dijeron no querían creerlo: no lo comprendían. ¿Cómo podía ser verdad el absurdo de que ellos, desde la cuna unidos, se separaran antes de llegar a la tumba? ¿Cómo podían existir—pensaba la mujer—gentes tan perversas que quisieran dejarla sin su Paco? ¿Y quién—gritaba éste, alardeando de arrestos ya extinguidos—había de tener fuerzas para arrancar a Juana de sus brazos?...

—No queremos entrar, dejadnos ir.

—Pero ¿adónde? ¡infelices!—decían, compadecidos, los que los rodeaban.

—No lo sé: a cualquier parte; donde no me la quiten—rugía él, queriendo hacer del propio cuerpo escudo del de su compañera.

—Pero ¿qué vais a hacer? ¿Cómo vais a vivir?

—No viviremos; pero nos moriremos juntos—sollozaba la vieja, abrazada a su viejo.

Todo fué inútil; agotadas las fuerzas de aquellos desdichados, *se impuso la razón*, y el reclamo se cumplió, a costa de las lágrimas, de cuantos intervinieron en la triste escena.

El régimen del establecimiento no les consentía verse sino de domingo a domingo. Pasaron unos cuantos. Ella se iba apagando; cada entrevista era un sollozo prolongado, y todas terminaban con escenas semejantes a la de la entrada en el asilo. Pero un domingo, mirando receloso en torno suyo, murmuró Paco al oído de Juana, unas cuantas palabras, que, secando las lágrimas, encendieron chispas de júbilo en sus mustios ojuelos.

—Sí, sí, escaparnos,irme contigo; juntos, juntos para siempre; donde no vayan esos a buscarnos. Sí, vamos, vámonos.

Y bullía la sangre y temblaban los huesos de la vieja, y le latía el casi muerto corazón con la energía de sus años de moza.

—Calla, calla, mujer; que no se enteren.

—¿Y cuándo? Pronto, ¿verda?; mira que me muerro de sola.

—Sí, sí, esta noche. En que veas emprincipiar a amanecer, te escapas al jardín, sin que te ven la vigilanta. Yo estaré allí. Hay una puertecica falsa al campo que s'a perdió la llave—y al decir esto guiñaba los ojos con malicia y se erguía orgulloso—. Los muy tontainas l'andan buscando y la tengo yo.

—Eres tú mucho hombre—dijo Juana contemplándole, absorta de la proeza a que había dado cima.

—Calla, que vienen. Que hoy no me llores ya, y díquía luego.

Cuando Juana salió, aún de noche cerrada, ya la aguardaba Paco. Diéronse un apretado abrazo y un larguísimo beso; abrieron la puertecilla que al campo daba, y, cogiditos de las manos, salieron tan de prisa como lo permitía el peso de sus viejas piernas. Y por si este era poco, hubieron además de luchar con un palmo de nieve, donde los pies se hundían, y contra la ventisca que con aquella azotaba sus rostros.

¿Adónde iban? Ni lo sabían, ni les importaba, estaban juntos, y doquiera que fueran lo estarían, iban sin plan, pues la senil chochez había secado en ellos toda facultad y todo sentimiento que no fuera su cariño, el afán de reunirse: no pensaban sino en andar, andar, en busca de un rincón escondido, donde nadie los viera, donde, a sus anchas, pudieran deleitarse en la felicidad reconquistada.

Amaneció una mañana gris, sin sol, helada. Detúvose la vieja tiritando, quitóse el viejo el chaquetón y, protestando ella, la envolvió en él. Anduvieron un rato, tornó a pararse Juana, por flaquearle las piernas, y habría caído al suelo a no ampararla, entonces, como siempre, los brazos del marido. Tendió éste la vista por la campiña desolada, buscando algún refugio a que acogerse, y allá lejos, muy lejos, columbró una casuca.

—¿No puedes caminar apoyadica en mí?—preguntó.

—No, ya no puedo... Abrázame, tengo frío, mucho frío.

Inclinóse el anciano, y pidiendo a sus caducos músculos un doloroso esfuerzo, para el que le faltaban fuerzas, y que sólo la heroica voluntad fué capaz de imponerles, se enderezó con su uana en los brazos. Acordóse ella de los tiempos en que de niña la llevaba en tal forma, y dijo con alegría infantil:

—¡Qué gusto Paco!... Como entonces... ¿Te acuerdas de que así me pasabas los arroyos?

Poniendo tal ternura y tal felicidad en la mirada, que creyó él que le quitaban sesenta años; sintiendo retoñar en su cuerpo la fuerza y el vigor de su briosa juventud, y con su dulce carga, echó a andar hacia la casa que allá lejos veía.

Sí, demasiado lejos: la sacudida con que aquel alegre recuerdo le había galvanizado pasó, y con ella se le acabaron los ficticios alientos; agobióle de nuevo su vejez mucho más que su carga, y arrastrando los pies avanzó jadeante: temblorosas las piernas, amoratado el rostro, hasta que al cabo le postró la cruenta fatiga, haciéndole sentarse en el tocón de un castaño cortado. Pero con su Juana en las rodillas; dichoso de tenerla apretada contra su corazón, cual si quisiera guardársela en el pecho; dichoso de robársela a aquellos pícaros que se la habían quitado.

Se morían los dos: en ella, la vejez, los dolores de la separación en el asilo, la caminata sobre la nieve y la helada que le entraba en los huesos iban extinguiendo el ligero hálito de vida que en su cuerpo quedaba; las mismas causas, y el esfuerzo hecho para llevarla en brazos, zarandeaban el corazón de Paco con atropellados latidos, enviando la sangre a la cabeza en congestivas oleadas.

Y la nieve caía, caía, congelando sus cuerpos, pero sin apagar el rescoldo suave del amor de sus almas, que al irse desligando de la carne, más y más se estrechaban en imperecedero abrazo. Adormeciéndose en el sopor que los iba invadiendo, murmuraba ella con voz amortecida:

—Así así, qué gusto... Siempre contigo, siempre. Y él repetía y repetía, con dulcísimo tono, más débil cada vez:

—Juanica, mi Juanica.

Abrió ella los ojos, fijándolos en Paco, *ven*, dijo y se apagó su vida. Al oírla inclinó él la cabeza, recogió con sus labios, en un beso, el último suspiro de la mujer que había sido siempre suya, quiso responder *voy*, y ya no pudo; pero se fué con ella.

Cuando los que salieron en su busca los hallaron medio enterrados en la nieve, boca con boca y enlazados en supremo abrazo, sorprendió a todos la dulce placidez de sus semblantes, hasta me dijo uno:

—Es natural: han muerto juntos, y era lo que querían; al juntarlos, la muerte, no ha sido para ellos sino el último goce de los muchos que a su amor debieron.

Y juzgando profanación el separarlos, abrazados y juntos, cual nacieron, vivieron y murieron, diéronles tálamo eterno en una sola fosa.

JOSÉ DE ELOLA



El crimen de la calle de la perseguida

—Aquí donde usted me ve soy un asesino.
—¿Cómo es eso, D. Elías?—pregunté riendo, mientras le llenaba la copa de cerveza.

Don Elías es el individuo más bondadoso, más sufrido y disciplinado con que cuenta el cuerpo de Telégrafos, incapaz de declararse en huelga, aunque el director le mande cepillarle los pantalones.

—Sí, señor... hay circunstancias en la vida... llega un momento en que el hombre más pacífico...

—A ver, a ver, cuente usted eso—dije picado de curiosidad.

—Fué en el invierno del 78. Había quedado excelente por reforma, y me fuí a vivir a O..., con una hija que allí tengo casada. Mi vida era demasiado buena: comer, pasear, dormir. Algunas veces ayudaba a mi yerno, que está empleado en el Ayuntamiento, a copiar las minutas del secretario. Cenábamos invariablemente a las ocho. Después de acostar a mi nieta, que entonces tenía tres años y hoy es una moza gallarda, rubia, metida en carnes de esas que a usted le gustan (yo bajé los ojos modestamente y bebí un trago de cerveza) me iba a hacer la tertulia a doña Nieves, una señora viuda que vive sola en la calle de la Perseguida. Habita una casa de su propiedad, grande, antigua, de un solo piso, con portalón oscuro y escalera de piedra. Solía ir también por allá D. Gerardo Piquero, que había sido administrador de la Aduana de Puerto Rico y estaba jubilado. Se murió hace dos años el pobre. Iba a las nueve, yo nunca llegaba hasta después de las nueve y media. En cambio, a las diez y media en punto levantaba tiendas, mientras yo acostumbraba a quedarme hasta las once o algo más.

Cierta noche me despedí, como de costumbre, estas horas. Doña Nieves es muy económica, y se trata a lo pobre, aunque posee hacienda bastante para regalarse y vivir como gran señora. No ponía luz alguna para alumbrar la escalera y el portal. Cuando D. Gerardo o yo salíamos, la criada alumbraba con el quinqué de la cocina desde lo alto; en cuanto cerrábamos la puerta del portal, cerraba ella la del piso y nos dejaba casi en tinieblas; porque la luz que entraba de la calle era escasísima.

Al dar el primer paso, sentí lo que se llama vulgarmente un *cale*, esto es, me metieron con un fuerte golpe el sombrero de copa hasta las narices. El miedo me paralizó, y me dejé caer contra la pared. Creí escuchar risas, y un poco repuesto del susto, me saqué el sombrero.

—¿Quien va?—dije dando a mi voz un acento formidable y amenazador.

Nadie respondió. Pasaron por mi imaginación rápidamente varios supuestos. ¿Trataron de robarme? ¿Querían algunos pilluelos divertirse a mi costa? ¿Sería un amigo bromista? Tomé la resolución de salir inmediatamente, porque la puerta estaba libre. Al llegar al medio del portal, me dieron un fuerte azote en las nalgas con la palma de la mano, y un grupo de cinco o seis hombres me tapó al mismo tiempo la puerta.—¡Socorro!—grité con voz apagada, retrocediendo de nuevo hacia la pared. Los hombres comenzaron a brincar delante de mí, gesticulando de modo extravagante. Mi terror había llegado al colmo.

—¿Dónde vas a estas horas, ladrón?—dijo uno de ellos.

—Irá a robar a algún muerto. Es el médico—dijo otro.

Entonces cruzó por mi mente la sospecha de que estaban borrachos, y recobrándome, exclamé con fuerza.

—¡Fuera, canalla! Dejadme paso o mato a uno.

Al mismo tiempo enarbolé el bastón de hierro que me había regalado un maestro de la fábrica de armas y que acostumbraba a llevar por las noches.

Los hombres, sin hacer caso, siguieron bailando ante mí y ejecutando los mismos gestos desatinados. Pude observar a la tenue claridad que entraba de la calle, que ponían siempre por delante uno como más fuerte o resuelto, detrás del cual los otros se guarecían.

—¡Fuera!—volví a gritar, haciendo molinete con el bastón.

—¡Ríndete perro!—me respondieron, sin detenerse en su baile fantástico.

Ya no me cupo duda, estaban ebríos. Por esto y porque en sus manos no brillaba arma alguna, me tranquilicé relativamente. Bajé el bastón, y procurando dar a mis palabras acento de autoridad, les dije:

—¡Vaya, vaya; poca guasa! A ver si me dejáis paso.

—¡Ríndete, perro! ¿Vas a chupar la sangre de los muertos? ¿Vas a cortar alguna pierna? ¡Arrancarle una oreja! ¡Sacarle un ojo! ¡Tirarle por las narices!

Tales fueron las voces que salieron del grupo en contestación a mi requisitoria. Al mismo tiempo avanzaron más hacia mí. Uno de ellos, no el que venía delante, sino otro, extendió el brazo por encima del hombro del primero y me agarró de las narices y me dió un fuerte tirón, que me hizo lanzar un grito de dolor. Di un salto de través, porque mis espaldas tocaban casi a la pared, y logré apartarme un poco de ellos; y alzando el bastón, lo descargué, ciego de cólera, sobre el que venía delante. Cayó pesadamente al suelo sin decir ¡ay! Los demás huyeron.

Quedé solo y aguardé anhelante que el herido se quejase o se moviese. Nada; ni un gemido, ni el más leve movimiento. Entonces me vino la idea de que pude matarlo. El bastón era realmente pesado, y yo he tenido toda la vida la manía de la gimnasia. Me apresuré, con mano temblorosa, a sacar la caja de cerillas y encendí un fósforo...

No puedo describirle lo que en aquel instante pasó por mí. Tendido en el suelo, boca arriba, yacía un hombre muerto, ¡Muerto sí! Claramente vi pintada la muerte en su rostro pálido. El fósforo me cayó de los dedos, y quedé otra vez en tinieblas. No le vi más que un momento; pero la visión fué tan intensa, que ni un pormenor se me escapó.

Era corpulento, la barba negra y enmarañada, la nariz grande y aguileña; vestía blusa azul, pantalones de color y alpargatas; en la cabeza llevaba boina negra. Parecía un obrero de la fábrica de armas, un armero, como allí suele decirse.

Puedo decirle, sin mentir, que las cosas que pensé en un segundo, allí, en la obscuridad, no tendrían tiempo a pensarlas ahora en un día entero. Vi con perfecta claridad lo que iba a suceder. La muerte de aquel hombre divulgada en seguida por la ciudad; la policía echándome mano, la consternación de mi yerno, los desmayos de mi hija, los gritos de mi nietecita; luego la cárcel, el proceso arrastrándose perezosamente al través de los meses y acaso de los años; la dificultad de probar que había sido en defensa propia; la acusación del fiscal llamándome asesino, como siempre acaece en estos casos; la defensa de mi abogado alegando mis honrados antecedentes, luego la sentencia de la Sala absolviéndome quizá... quizá condenándome a presidio.

De un salto me planté en la calle y corrí hasta la esquina; pero allí me hice cargo de que venía sin sombrero, y me volví. Penetré de nuevo en el portal, con gran repugnancia y miedo. Encendí otro fósforo y eché una miraba oblicua a mi víctima, con la esperanza de verle alentar. Nada; allí estaba en el mismo sitio, rígido, amarillo, sin una gota de sangre en el rostro, lo cual me hizo pensar que había muerto de conmoción cerebral. Busqué el sombrero, metí por él la mano cerrada para desarrugarlo, me lo puse y salí.

Pero esta vez me guardé de correr. El instinto de conservación se había apoderado de mí por completo, y me sugirió todos los medios de evadir la justicia. Me ceñí a la pared por el lado de la sombra, y haciendo el menor ruido con los pasos, doblé pronto la esquina de la calle de la Perseguida, entré en la de San Joaquín y caminé la vuelta de mi casa. Procuré dar a mis pasos todo el sosiego y compostura posibles. Mas he aquí que en la calle de Altavilla, cuando ya me iba serenando, se acerca de improviso un guardia del Ayuntamiento.

—Don Elías, ¿tendrá usted la bondad de decirme?...

No oí más. El salto que di fué tan grande, que me separé algunas barras del esbirro. Luego, sin mirarle, emprendí una carrera desesperada, loca, al través de las calles. Llegué a las afueras de la ciudad y allí me detuve jadeante y sudoroso. Acudió a mí reflexión. ¡Qué barbaridad había hecho! Aquel guardia me conocía. Lo más probable es que viniera a preguntarme algo referente a de mi yerno. Mi conducta extravagante le había llenado de asombro. Pensaría que estaba loco; pero a la mañana siguien-

le cuando se tuviese noticia del crimen, seguramente concebiría sospechas y daría parte del hecho al juez. Mi sudor se tornó frío de repente.

Caminé aterrado hacia mi casa y no tardé en llegar a ella. Al entrar se me ocurrió una idea feliz. Fuí derecho a mi cuarto, guardé el bastón de hierro en el armario y tomé otro de junco que poseía, y volví a salir. Mi hija acudió a la puerta sorprendida. Inventé una cita con un amigo en el Casino, y, efectivamente, me dirigí a paso largo hacia este sitio. Todavía se hallaban reunidos en la sala contigua al billar unos cuantos de los que formaban la tertulia de última hora. Me senté al lado de ellos, aparenté buen humor, estuve jaranero en exceso y procuré por todos los medios que se fijasen en el ligero bastoncillo que llevaba en la mano. Lo doblaba hasta convertirlo en un arco, me azotaba los pantalones, lo blandía a guisa de florete, tocaba con él en la espalda a los contertulios para preguntarles cualquier cosa, lo dejaba caer al suelo. En fin, no quedó nada que hacer.

Cuando al fin la tertulia se destrozó y en la calle me separé de mis compañeros, estaba un poco más sosegado. Pero al llegar a casa y quedarme solo en el cuarto, se apoderó de mí una tristeza mortal. Comprendí que aquella treta no serviría más que para agravar mi situación en el caso de que las sospechas recayesen sobre mí. Me desnudé maquinalmente y permanecí sentado al borde de la cama larguísimo rato, absorto en mis pensamientos tenebrosos. Al cabo el frío me obligó a acostarme.

No pude cerrar los ojos. Me revolqué mil veces entre las sábanas, presa de fatal desasosiego, de un terror que el silencio y la soledad hacían más cruel. A cada instante esperaba oír aldabonazos en la puerta y los pasos de la policía en la escalera. Al amanecer, sin embargo, me rindió el sueño; mejor dicho, un pesado letargo, del cual me sacó la voz de mi hija.

—Que ya son las diez, padre, ¡Qué ojeroso está usted! ¿Ha pasado mala noche?

—Al contrario, he dormido divinamente—me apresuré a responder.

No me fiaba ni de mi hija. Luego añadí afectando naturalidad:

—¿Ha venido ya *El Eco del Comercio*?

—¡Anda! ¡Ya lo creo!

—Tráemelo.

Aguardé a que mi hija saliese, y des-

doblé el periódico con una mano trémula. Recorrílo todo con ojos ansiosos sin ver nada. De pronto leí en letras gordas: *El crimen de la calle de la Perseguida*, y quedé helado por el terror. Me fijé un poco más. Había sido una alucinación. Era un artículo titulado *El criterio de los padres de la provincia*. Al fin, haciendo un esfuerzo supremo para serenarme, pude leer la sección de gacetillas, donde hallé una que decía:

«*Suceso extraño*. Los enfermeros del Hospital provincial tienen la costumbre censurable de servirse de los alienados pacíficos que hay en aquel manicomio, para diferentes comisiones, entre ellas, la de transportar los cadáveres a la sala de autopsias. Ayer noche cuatro dementes, desempeñando este servicio, encontraron abierta la puerta del patio que da acceso al parque de San Ildefonso, y se fugaron por ella llevándose el cadáver. Inmediatamente que el señor administrador del Hospital tuvo noticia del hecho, despachó varios emisarios en su busca, pero fueron inútiles sus gestiones. A la una de la madrugada se presentaron en el Hospital los mismos locos, pero sin el cadáver. Este fué hallado por el sereno de la calle de la Perseguida en el portal de la Sra. D.^a Nieves Menéndez. Rogamos al señor decano del Hospital provincial, que tome medidas para que no se repitan estos hechos escandalosos.»

Dejé caer el periódico de las manos, y fuí acometido de una risa convulsiva que degeneró en ataque de nervios.

—¿De modo que había usted matado a un muerto?

—Precisamente.

A. PALACIO VALDES





La mujer islámica



*Mujer argelina en la terraza

El secuestro de la mujer musulmana y la obligación de cubrirse el rostro, no son tan generales como suele creerse. El sistema de haren es la excepción, amén de que la verdadera significación de la palabra no es la que comúnmente se le atribuye, sino *prohibido*. Es decir, puede haber un jardín en el que no se permita la entrada a nadie, y será haren aunque no haya en él ninguna mujer.

Por otra parte, eso de tener un haren o un serrallo, queda reservado a los príncipes y grandes señores que pueden costearlo, bien que el Islam, aunque admite la poligamia, les limita el número de las esposas legítimas, a cuatro como máximo.

También es algo fantástico el concepto de que las infortunadas reclusas de los harenes lloran su desdicha y sueñan con el príncipe encantado que las saque del encierro y les dé la anhelada libertad.

Suele ser eso, más que real, sueño de poetas que se hallaron en el misterio de esas grandes cárceles, motivos sentimentales con que perfuman sus trovas.

La generalidad de esas mujeres, viven desde la edad de diez o doce años la misma vida, descono-

ciendo en absoluto la de fuera del recinto, y no pueden desearla. Acaso atemorizadas, si les diesen la libertad, volvieran al encierro espontáneamente.

Al verse obligadas a mostrarse ante los hombres que no sean sus próximos parientes, se creerían degradadas, envilecidas, hasta deshonradas.

Arrancadas en corta edad del domicilio paterno, carecen de educación moral, son seres inconscientes del mundo exterior, las casan muy jóvenes, a los trece o catorce años y aun antes. ¡Qué saben de lo que existe ni de lo que pasa más allá de los muros entre que han crecido! Nada. El mundo exterior les da miedo y el mundo cristiano les causa horror.

Estos sentimientos de repulsión, cuidadosamente conservados de generación en generación, son en estas mujeres una especie de atavismo.

No podrá decirse realmente que no piensen nunca en la libertad de que gozan las mujeres europeas; pero sí se puede afirmar que no tienen un concepto definido de ella.

Si el mundo musulmán viene desde hace siglos sumido en una decadencia casi irremediable, es debido al estado de desprecio en que tiene a la mujer, hasta con olvido de los principios proclamados por el Profeta.

He aquí como se expresa el musulmán argelino kamal, hombre respetado y respetable por su saber:

«Aunque es obligatoria la instrucción para el hombre y la mujer musulmanes, esta queda como sinó estuviese comprendida llegando a no distinguir siquiera el bien del mal.

Están las mujeres como los rebaños de animales en las praderas. Tiene esta inferioridad moral origen, en su ignorancia de la lectura y escritura, que



Mora hilandera

ARMAS Y LETRAS

es la llave de las ciencias y el medio de alcanzar nuestros fines».

En otro pasaje de sus obras manifiesta:

«Sin la ignorancia de los hombres, sin su tontería, no habría caído la mujer en tan gran vacío cerebral, de decadencia intelectual, de aberración, en la que pregunta el porvenir pide la curación de sus enfermedades y el favor divino a los maestros en dísparates, en bribonadas, en impiedades, mediante dádivas en dinero, en caricias, en cirios y en perfumes».

Y para demostrar que el Islamismo no tiene nada que ver en la depresión de la mujer, enumera una brillante y larga lista de mujeres escritoras y poetisas que lo han embellecido en sus comienzos. Y añade: «Si las mujeres de hoy se parecieran a esas, serían superiores a los hombres».

Volviendo a la repugnancia que tienen las mujeres de elevada y de acomodada clase, a mostrarse a cara descubierta, conviene decir, que esa costumbre lo es también de las pobres, de las que viven mal, de las nómadas y de las cabileñas. No bastaría, por tanto bajarles el velo para convertirlas en



Rifeñas en un zoco

damas a la europea. Si un hombre sale de un lugar obscuro a una gran claridad de repente, tendrá que acostumbrar sus ojos poco a poco, para que puedan soportar la luz que los deslumbra.

Asimismo necesita preparación la mujer musulmana para gozar de libertad; cuanto más amplia, más difícil será la preparación.

Cuenta una señorita europea, que en 1888, el gobernador general de Túnez organizó una pequeña exposición de pintura, estableciendo una tómbola. El más bello cuadro tocó a la esposa del primer ministro del Bey, a la que fué a felicitar por su buena suerte.

La gran dama estaba muy contenta con su cuadro, y preguntó a la visitante, que si todas las calles de las grandes ciudades de Europa eran como la pintada en aquel lienzo.

El cuadro representaba una *Salida de la Escuela* en Constantina, con niños indígenas saliendo locamente de la escuela árabe, en Constantina tan característica por la aparente inestabilidad de sus blancas fachadas. ¡Qué idea tendría la esposa del ministro, de las calles y de las ciudades, de su país y de los demás!

Cuando una señora de la civilización entra en un haren, es en él un gran acontecimiento para todas aquellas personas que no ponen el pie fuera del recinto, a menos de ir muy tapadas y severamente acompañadas; pero muy escasas veces.

Cuanto lleva puesto la extranjera, es objeto de la mayor curiosidad. El peinado, las joyas, el vestido, la falda, el corsé (este sobre todo) les causa admiración y extrañeza. Con el mayor gusto la despeinarían y la desnudarían, para ver y palpar todas las prendas y el tocado.

El secuestro de las jóvenes de clases elevadas,



Mujeres y niñas del Sahara argelino

tiene peripecias notables. Ningún hombre ni prometido siquiera, las puede conocer.

El matrimonio es discutido entre los padres o tutores; las madres y las hijas son enteradas por casamenteras, que constituyen casi una profesión. Estos intermediarios, dan al novio y a la novia referencias sobre la dote y las esperanzas y acerca de la situación de las familias.

Respecto a los encantos físicos de la invisible prometida, una matrona *ad hoc*, se encarga de exaltar los méritos y disimular los defectos; y lo hace generalmente, con una elocuencia y habilidad sin semejante.

Cuéntase que un joven que escuchó la entusiasta descripción de la que iba a ser su esposa, hizo notar que se había olvidado de hablarle de los ojos de la bella.

—¡Sus ojos!—exclamó la matrona—¡Sus ojos! Pues sus ojos son extraordinarios.

Tienen el sello de la belleza (*Fetl-ez-zine*) que en árabe se presta a un juego de palabras que pueden expresar el caracol de la belleza.

Instigado por este *callembuier* y seducido por la descripción, esperaba con impaciencia el feliz día en que le sería dado admirar esos extraordinarios ojos. Llegó por fin; el velo cayó, viendo que su esposa era horriblemente bizca.

Las cosas de este mundo islámico tan alejado de nosotros, son juzgadas con frecuencia según clichés de evidente falsedad. Se dice, por ejemplo, que el musulmán compra a la mujer como si comprara un animal, y que la condición de esta es de las más miserables.

Indudablemente, la dote es entregada por el fu-

turo, al padre o al tutor; pero conviene añadir que en sus manos es peculio de la mujer, hacienda propia de ella, que les es guardada y reservada según los acontecimientos del porvenir. La ausencia de la constitución de la dote, entraña la nulidad absoluta del contrato matrimonial. El *mahr*, que es el rega-

lo de boda en especie, se entrega con anticipación, y el padre o tutor lo recibe a su cuenta y cargo, en presencia de la joven. Si muere antes de haberlo restituído, es ella un acreedor precedente con derecho a reclamar todo el valor a los herederos. Esta entrega del regalo nupcial es lo que conduce a errar, por estimarlo una compra sin estudiar el fondo.

Se llevan con tanto rigor estas prescripciones, que el casamiento no se puede realizar, sin que antes se haya entregado el *mahr*, cualesquiera que sean las cláusulas ya cumplidas. El padre no puede conceder su hija a otro hasta que transcurra el plazo fijado para la entrega.

Hay más; si el futuro esposo renuncia al casamiento en el intervalo entre el contrato y la realización, la novia es dueña de la mitad de la dote estipulada, y se

queda con todos los regalos recibidos. Y si en ese tiempo muere por causa que no se señale en las estipulaciones, la dote completa pertenece a la novia.

Como se ve, nuestras leyes civilizadas no tienen cláusulas parecidas en generosidad hacia la mujer.

Otro tanto viene a ocurrir con respecto a la condición miserable de la mujer islámica.

Si el Islam les imponen deberes, también les confiere derechos precisos, tales que las europeas no los desearían; y los maridos árabes los respetan porque saben bien lo que cuesta atropellarlos.



Joven argelina

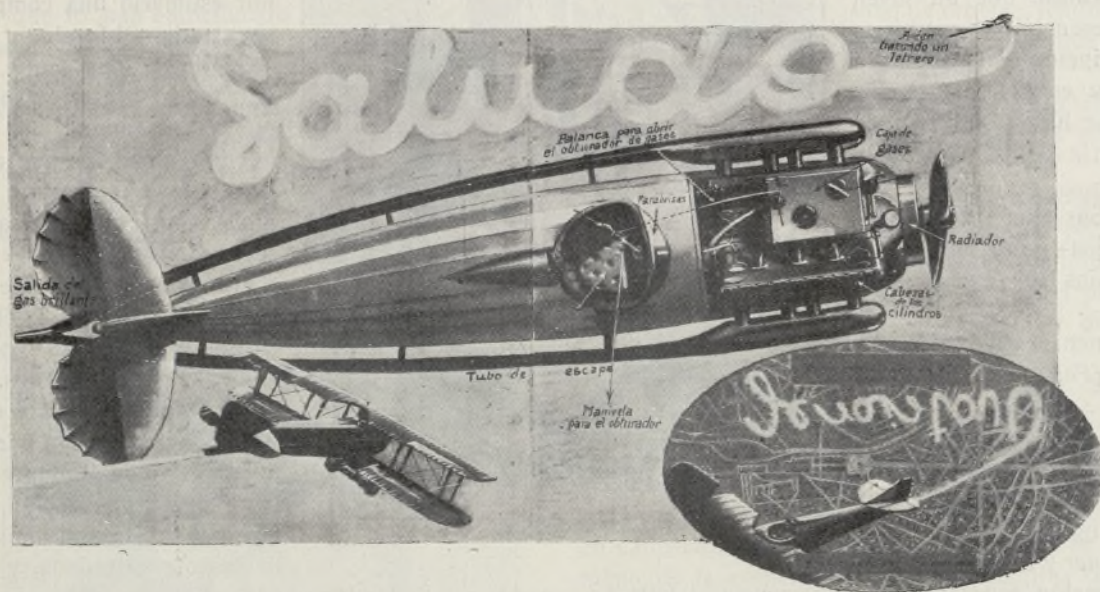
EL AVIÓN QUE ESCRIBE EN EL ESPACIO

El avión que trazó, por primera vez, letras en el espacio y que fué observado en sus evoluciones por los parisienses durante los últimos meses, había debutado por encima de Londres, antes de franquear el Estrecho. Fué un inglés, el mayor J. C. Savage, ayudado de su piloto Teurner, el que tuvo la primera idea de trazar signos en el cielo, merced a vedijas de humo denso que se escaparan del «fuselaje» del avión.

Por medio de una válvula colocada en la «carlinga», el aviador puede enviar los gases de escape del motor directamente a un tubo

que hace el avión para escribir en el espacio, puede dar lugar con las letras e inscripciones a una publicidad original y eficaz.

El aviador opera entre 3.000 y 5.000 metros y las letras que escriben miden aproximadamente un kilómetro de altura. La inscripción se hace en un plano horizontal, de manera que se ve perfectamente por los espectadores; pero las maniobras que tiene que hacer el aviador para poner los puntos de las i's y trazar el rasgo horizontal de la t, son bastantes complicadas y le obliga a volver sobre su marcha y hacer emisiones de gases interrumpidas.



He aquí el nuevo avión que hace aparecer en el cielo inmensas inscripciones. Un avión escribiendo en el espacio sobre París y observado por otro más elevado.

que termina en un serpentín perforado, dentro de un depósito con paredes de acero, que ocupa la trasera del «fuselaje». Cuando a este depósito llegan los gases calientes, una cierta cantidad de aceite pesado y productos químicos, de que está lleno; se convierten en un volumen considerable de humo blanquecino. La presión que existe en el depósito cerrado lanza el humo a lo largo del tubo que llega hasta la quilla del aeroplano. Para interrumpir la producción de humo no tiene más que restablecer el escape ordinario de la salida de gases del motor. Todas las curvas y evoluciones

El alineamiento y paralelismo de las letras lo consigue guiándose por el sol.

A esto hay que añadir que tiene que escribir como si fuera en la luna de un escaparate, al revés para que sea leído por las personas que ambulan por las calles.

El tiempo no es siempre favorable a esta operación; para que sea útil es preciso hacerla con un cielo claro y sin nubes.

Cada salida, en plan de publicidad, cuesta unos 10.000 francos. Las inscripciones son visibles en un radio de 15 kilómetros; así es que pueden verlas millones de personas.

Ayuntamiento de Madrid


 000000
 000000

EL SISMÓGRAFO

 000000
 000000


De cómo registra los temblores más distantes de la corteza terrestre

El enfriamiento de nuestro globo parece que es lo que da lugar a contracciones de la corteza terrestre, que se traducen en vibraciones más o menos amplias y en los violentos sacudimientos designados con el nombre de temblores de tierra.

La ciencia humana no alcanza a preverlos, ni el poder del hombre a anular sus efectos. Lo único a que se ha llegado es a registrar los terremotos, mediante aparatos lo suficientemente sensibles para notar el fenómeno desde muy larga distancia: hasta los ocho o diez mil kilómetros.

La sismología o el estudio de estos movimientos, es moderna: data del siglo anterior, en el que aparecieron los primeros aparatos registradores, que se llamaron sismógrafos.

En Estrasburgo está instalado el centro sismológico del mundo, que sostiene relaciones con todos los establecimientos análogos, los cuales le transmiten sus observaciones y registros. Cuando merecen la pena, los comunica a la *Tour d' Eiffel*, cuyo servicio lo agrega a sus diarias transmisiones inalámbricas.

No ha cambiado la esencia de los aparatos sismológicos, si bien se han ido perfeccionando en detalle. Sus principales características son: gran sensibilidad y gran precisión, debiendo registrar oscilaciones imperceptibles multiplicadas por 100, traducidas en el papel por un trazo de algunos milímetros apenas.

Imaginemos una bola pesada pendiente de un hilo y un punto de suspensión unido al suelo mismo del que se quiere estudiar el movimiento; se comprobará que cuando el suelo se mueve cambiando de lugar el punto de ataque o del que pende el hilo, la bola permanecerá inmóvil un instante en virtud de su inercia. El observador, que también es transportado por el suelo, cree ver que el péndulo se pone en movimiento. Este primer desplazamiento aparente del péndulo, es igual y opuesto al movimiento real del suelo. Es verdad que inmediatamente comienza a oscilar arrastrado por el soporte.

Los sismógrafos se sirven de un péndulo que oscila en sentido horizontal. El examen de la figura lo hará comprender. MN es una construcción rígida o una especie de bastidor vertical; CE un tallo que apoya en él uno de sus extremos y que está por el otro sostenido con un hilo DG sujeto al bastidor vertical, y que lleva sobre sí una masa P más o me-

nos pesada. CE puede oscilar horizontalmente al rededor del eje GC, línea trazada entre el punto de enganche G del hilo y el de contrato C del tallo con el bastidor. Si ese eje estuviera exactamente vertical, CE se encontraría en equilibrio indiferente y tendría una oscilación de infinita duración. Esta duración disminuye a medida que aumenta el ángulo en *i* formado por el eje GC y la vertical GH. Pueden, pues, obtenerse oscilaciones con éste péndulo horizontal, que serán tanto más largas cuanto más pequeño sea el ángulo en *i*.

Los sismógrafos montados según las instrucciones del Central de Estrasburgo, llevan péndulo horizontal amortiguado, tipo Mainka, con ampliadores mecánicos y registrador, que marca sobre papel ahumado.

El péndulo está constituido por una masa de 450 kilogramos, suspendido de manera que gira u oscila alrededor de un eje casi vertical. Un estilete dependiente de esta masa, marca en el rollo de papel un componente horizontal del movimiento.

Las separaciones son pequeñísimas; pero está combinada su multiplicación o amplificación.

Cuando hay un temblor de tierra distante, el estilete traza una serie de oscilaciones cuya curva cambia de aspecto. Oscilaciones pequeñas o iguales, constituyen los preliminares; después otra serie, de amplitudes mayores, que indica la fase principal en la cual se registran las de mayor duración y mayor período; luego el aparato va parándose gradualmente durante la fase terminal. Este movimiento hacia el reposo es tanto más duradero cuanto más sensible es el sismógrafo.

Las sacudidas sísmicas dan origen a dos clases de ondas: longitudinales y transversales, que se propagan con velocidades diferentes, cuyos valores son 14 y 7'5 kilómetros por segundo, respectivamente.

Los primeros estremecimientos notados son debidos a las ondas longitudinales, y los segundos a las transversales. La consideración de que aquéllas marchan casi al doble que éstas y la comparación con el tiempo transcurrido entre que se dejan sentir unas y otras, constituyen la base para calcular la distancia del punto en que se produjo el fenómeno y el puesto de observación.

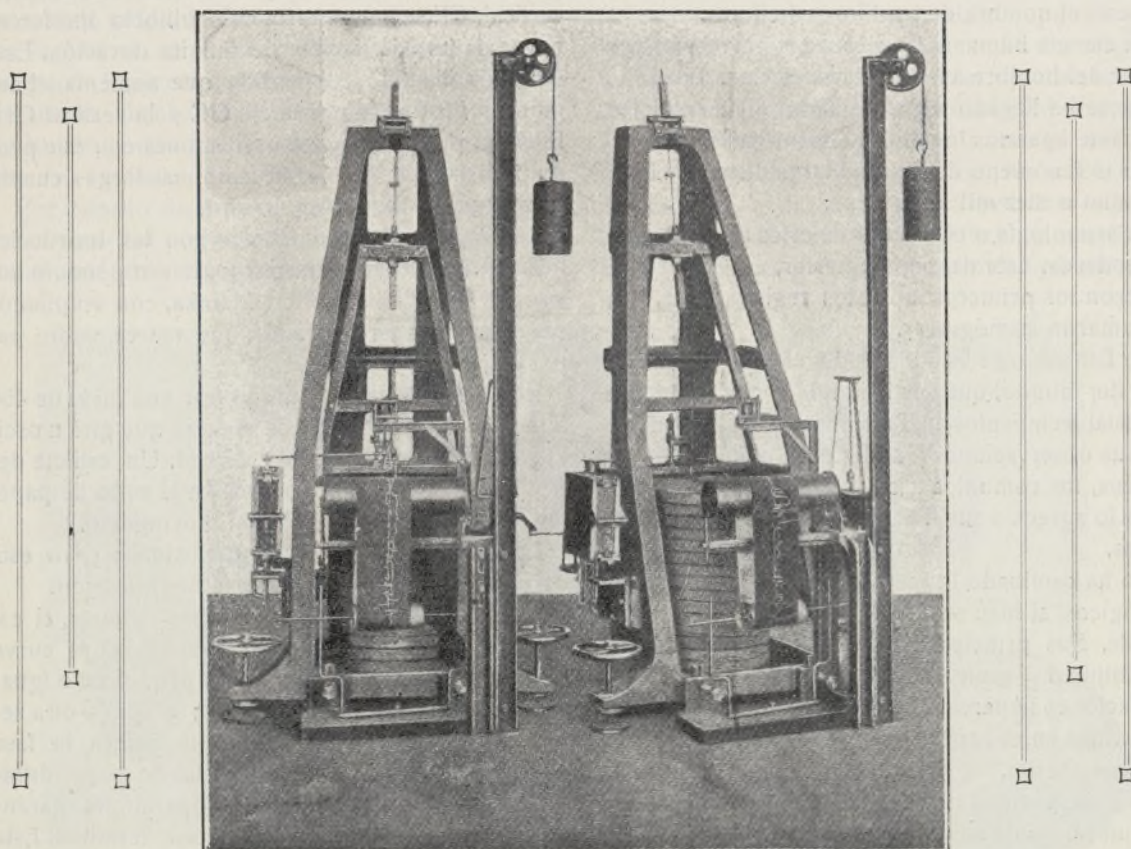
Generalmente se calcula que la distancia está bien expresada por tantos miles de kilómetros como minutos menos uno duró la fase preliminar

inicial. Si por ejemplo duró diez minutos, el temblor de tierra se dió nueve mil kilómetros del sismógrafo registrador.

La bobina de papel ahumado que se desarrolla mecánicamente durante veinticuatro horas es renovada en todos los sismógrafos diariamente. El punzón registra las trepidaciones producidas por el movimiento de los carruajes y demás causas de la

rables de la corteza terrestre, grietas, hundimientos y corrimientos de montañas.

Los temblores de tierra que se hacen sentir en extensiones más o menos grandes, dan una región en que los efectos de las sacudidas han sido más intensos. Esta extensión se llama epicentro del fenómeno, y se determina tomando puntos de la misma intensidad entre sí, uniéndolos con una línea



El sismógrafo nos muestra los secretos de su recepción en la banda de papel ahumado, en el cual se ve trazado en blanco el registro de un temblor de tierra.

vida ordinaria, y las de cualquiera explosión o estremecimiento extraordinario; pero las ondulaciones son pequeñísimas y nunca pueden confundirse con los terremotos.

Para designar a éstos numéricamente, se han establecido escalas, de las que la más empleada es la de Rossi-Forel, que admite diez categorías de temblores de tierra. Desde el primero, sacudidas registradas por los sismógrafos y sentidas directamente por algunos observadores, hasta el décimo descrito por desastres y ruinas, trastornos conside-

continua, como en topografía se hace para las curvas de nivel y el espacio comprendido es el epicentro.

No es esa región el origen del terremoto; éste nace a cierta profundidad, en un punto que puede considerarse como el horno del fenómeno, que se supone en la vertical del epicentro. Pero no se ha conseguido determinar exactamente la posición de esos orígenes. Algunos cálculos han dado profundidades superiores a cien kilómetros; pero en general suelen pasar de cinco y no de veinte.



El profesor norteamericano Wood ha inventado el modo de perfeccionar la telegrafía óptica en campaña, con un aparato portátil en el que produce las señales luminosas una lámpara eléctrica situada en el interior de un tubo unido a unos gemelos, paralelo al eje de los mismos, llevando el soldado las pilas alimentadoras de la luz, colgadas en la cintura.

El fundamento es el clásico en óptica:

Si un haz luminoso cae sobre un sistema de dos espejos planos rectangulares, perpendicularmente a la arista común de los mismos, se refleja en dirección paralela a la de incidencia, cualquiera que sea la orientación del sistema con relación al haz.

Todos los aparatos de telegrafía óptica están basados en el mismo sencillo principio.

Supongamos que el haz de un proyector se dirige hacia un punto cualquiera elevado (colina, campanario, observatorio, etc.), en que hay un observador provisto de un sistema receptor, que en la práctica está formado por tres prismas de reflexión total cuyas superficies reflectoras forman tres planos rectangulares o sea un ángulo triedro trirectángulo. Sea la que sea la orientación del aparato, si está hacia el origen de la luz, devolverá un haz exactamente en dirección del proyector.

Un observador al lado del aparato emisor, percibirá un punto brillante, una especie de estrella, encenderse en el cono de luz que se envía.

El que está en el puesto receptor, podrá tapando y destapando el triedro con arreglo al alfabeto Morse, comunicar telegráficamente, dejando ver *la estrella* más o menos rápidamente. Es fácil advertir las ventajas de este sistema en el que no hay necesidad de transportar un origen luminoso ni de regular con cuidado la dirección de su lámpara. Dirigiendo el aparato hacia el receptor, se tiene la seguridad de que recibe el mensaje.

Por otra parte, el secreto de la correspondencia está asegurado, porque el haz reflejado va rigurosamente en la dirección de la emisión, y a un par de grados a derecha o izquierda no se reciben los rayos de reflexión. Cuanto más estrecho es el haz, más difícil es la regulación de ambos puestos, de emisión y de recepción; pero es más seguro el secreto, y un observador a pocos metros del aparato no podrá percibir ninguna de las señales transmitidas.

También estos aparatos portátiles montados en trípode con prisma triédrico trirectángulo, coloca-

dos en una caja con ventanillo interruptor para la transmisión de señales rápidas, son muy ventajosos. Se han construido potentes reflectores de prismas triedros múltiples—generalmente seis—destinados a transmitir órdenes en todas direcciones simultáneamente; usándose asimismo en el mar, para la transmisión de órdenes secretas que no se pueden radiografiar.

El perfeccionamiento introducido por Wood en todos los aparatos fundados en el mismo principio, ha sido el de desarrollar la precisión del punto del puesto emisor y por consiguiente la disminución de la anchura del haz luminoso proyectado en el espacio, asegurando el secreto de las comunicaciones.

El aparato Wood está constituido por una lente acromática en cuyo foco se coloca una lámpara incandescente de filamento metálico espiral en una atmósfera de ázoe o de neon, que proviene de la destilación del filamento que es generalmente de tungsteno, pudiendo así tener un fuerte voltaje para la lámpara, la cual está alimentada por una batería de cinco pilas secas o de pequeños acumuladores, regida por una llave Morse ordinaria para las señales. Entre la lámpara y la lente hay un disco obturador, con agujeritos, que se manda con un botón estriado. Detrás de la lámpara existe un ocular desde el que se divisa el puesto receptor. En efecto, cuando se mira por el ocular, se percibe en el fondo del panorama, el filamento que proyecta su imagen; es suficiente entonces, dirigir, apuntar el aparato de manera que se haga coincidir el puesto receptor con el filamento y se tendrá regulado el aparato, con el cual se han podido hacer señales a 30 kilómetros de distancia. La amplitud del haz luminoso a los dos kilómetros no pasa de dos metros.

Adolece este sistema del defecto de que si el enemigo está próximo puede enterarse de las señales, y el puesto receptor no recibirlas. Esto lo ha remediado el doctor Wood; empleando para las transmisiones la luz invisible, principalmente la ultravioleta, como el ingeniero francés Charbomeau empleó los rayos infrarojos para radiotelegrafiar a los ejércitos.

La parte más interesante de las investigaciones del norteamericano Wood, es la utilización de los rayos ultravioleta. Al efecto, ha conseguido preparar un cristal completamente opaco para los rayos visibles; pero del todo transparente para las radiaciones rápidas ultravioleta. Este vidrio filtrante y

absorbente a un tiempo, está hecho a base de silicato sódico y de óxido de níquel, por lo que es perfectamente opaco a la vista.

El aparato con su pantalla absorbente solo de los rayos visibles, es lo que se denomina impropia-mente *ojo electroquímico de Wood*.

Para descubrir las radiaciones que atraviesan el cristal especial indicado, en el puesto receptor, es preciso tener en él un agente sensible a su acción antínica. Mr. Wood se ha servido de *fluorescencia del platino cianuro de bario cristalizado*, tan conocido por todos los radiógrafos. Así ha asegurado el secreto de las comunicaciones, que alcanzan en estas condiciones a los ocho o diez kilómetros de distancia. Si estos métodos se han de usar en la marina, hay necesidad de aumentar el alcance a veinticinco kilómetros y la intensidad de la irradiación del haz invisible ultravioleta, mediante lámparas a vapor de mercurio.

La necesidad de navegar de noche con velocidad y en convoyes protegidos, para evitar los torpedeamientos por los submarinos, constituyó en la guerra un origen de grandes dificultades técnicas y prácticas. Era, en efecto, muy difícil asegurar el orden de marcha en un convoy de gran número de buques sin luces de posición para no denunciar a los submarinos el paso de un convoy con su escolta protectora. También ha resuelto Wood este problema.

Una lámpara a vapor de mercurio, rica en radiaciones ultravioleta, la rodea de una camisa de cristal especial silicalado de que hemos hablado antes, de modo que se forme un haz de rayos que se proyectan a gran distancia invisiblemente.

Si en los barcos del convoy se instala un anteojo provisto de una pantalla al platino cianuro de bario, se podrá apreciar en ella, una imagen fosforescente de la lámpara. Si cada navio lleva delante dos

focos, se percibirán dos imágenes de cuya distancia se podrá fácilmente deducir la posición del que hace las señales.

Esto no sería posible no estando el buque observador en el eje del otro; pero tal inconveniente se obvia envolviendo los dos fuegos o focos con camisa opaca que sólo lleven una rendija. Estas dos envolturas giran sícronicas y en sentido inverso

Cuando el observador, se encuentra en el eje del señalador percibe simultáneamente las dos imágenes, y si se halla desviado de él, las percibe una tras otra, de donde deducirá la posición del que telegrafía.

Para orientar en la entrada de un puerto, un canal o un paso difícil cualquiera, pueden utilizarse boyas pintadas con una substancia fluorescente, y emitiendo los barcos haces de rayos ultravioleta, cuando éstos caigan en aquélla, se iluminará y servirá de guía para facilitar la entrada.

Análogo sistema pueden emplear los aviones para aterrizar, llevando aparato observador de las lámparas de mercurio que haya en el terreno.

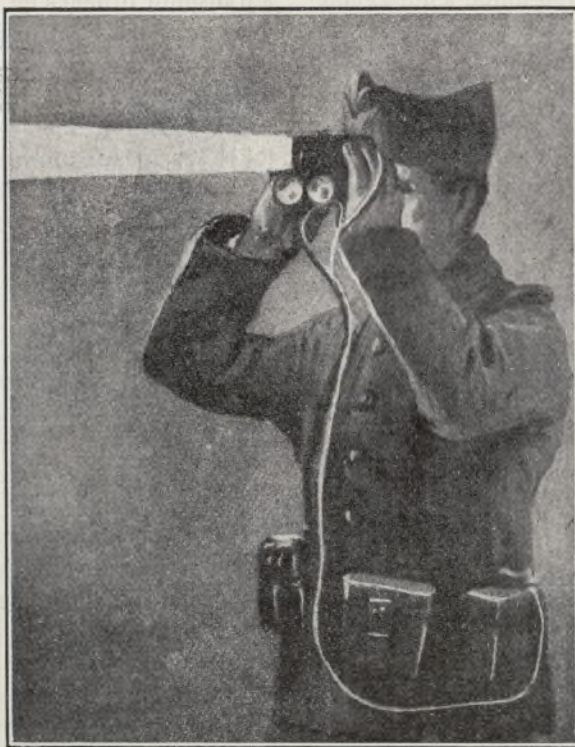
La experiencia ha enseñado que se pueden

ver desde 3.000 metros de altura.

Wood ha demostrado que hay varias substancias fluorescentes a la acción de los rayos invisibles. La vaselina da un violeta pálido, como los cristales de espato y el vidrio de urano. Materias colorantes como la sodamina y la esculina, dan magníficos tonos.

De líquidos también se puede hacer uso, como una solución carmesí de rojo Magdala, que da un hermoso escarlata, pudiéndose reforzar todos los líquidos con amoníaco diluido en agua.

Aunque Mr Wood ha dirigido sus investigaciones y aplicaciones a usos militares, pueden también ser útiles en usos pacíficos.



Sistema portátil de lámpara eléctrica empleado en la telegrafía óptica por las ondas ultravioletas. La lámpara colocada en un tubo paralelo al eje de los prismáticos de que se vale para señalar el lanzamiento de los rayos ultravioletas, se alimentan de unos acumuladores portátiles sujetos a la cintura del operador.

EL CUPLET DE MODA

por PEPE CARIÑO



*Esta es la mujer que quiero,
esta es la mujer que adoro
y no habrá quien me la quite
(el golfo) Porque nadie quiere un loro.*



LOS COLOSOS DEL MAR

LAS CIUDADES FLOTANTES



En un siglo, la evolución y progreso de la navegación a vapor ha sido completa.

Hacer barcos rápidos y potentes con el fin de conseguir transportar en poco espacio de tiempo gran cantidad de pasajeros y mercancías, ha sido la aspiración de las compañías navieras, cuya competencia en la construcción ha llegado a límites gigantescos.

A mediados del siglo pasado, los ingleses construían ya vapores de cerca de 120 metros de eslora y 3.600 caballos de fuerza, que eran la admiración del mundo entero y se consideraban como las grandes maravillas de la construcción naval. Puede juzgarse, pues, cuál sería el asombro cuando, en 1858, salió del Támesis un barco de 211 metros, cuyas máquinas representaban una fuerza de 8.000 caballos.

Llamábase aquel gigante el *Great Eastern*; tenía cinco chimeneas, seis mástiles, dos grandes ruedas laterales y una hélice, y su marcha era de 14 $\frac{1}{2}$ nudos, lo que en aquella época constituía una velocidad desconocida. Todo el mundo creyó que sería imposible construir barcos más grandes que aquél; Julio Verne, el novelista predilecto de la juventud, se inspiró en él para escribir su novela *Una ciudad flotante*. Pero el *Great Eastern* había venido al mundo antes de tiempo. Un barco necesita puertos para refugiarse contra los temporales y diques donde reparar sus averías, y en 1858 todavía no existían puertos lo bastante profundos ni diques lo bastante grandes para recibir a semejante coloso. Además, era muy difícil reunir los pasajeros que la Compañía necesitaba para cubrir los gastos del enorme barco. Después de pasar por muchas vicisitudes y de sortear no pocas tempestades, éste acabó por ser destinado a la colocación de cables telegráficos submarinos, y en 1888 se le desmanteló sin que hubiera prestado los servicios que de él se esperaban.

El fracaso del *Great Eastern* bastó para que durante algunos años na-

die pensase en barcos grandes; pero en 1893 aparecían en Inglaterra el *Campania* y el *Lucania*, que, aunque sólo tenían 188 metros de eslora, llevaban una fuerza motriz de 30.000 caballos y podían hacer una marcha de 22 nudos, y desde aquel momento comenzó lo que podríamos llamar la locura de la velocidad, y, por consiguiente, el afán de construir vapores gigantescos. El primero de éstos salió en 1897 de Alemania; pertenecía a la Compañía Lloyd Norte-Alemán y se llamaba *Kaiser Wilhelm der Grosse*. Aunque no mucho más grande que los citados barcos ingleses y con la misma fuerza motriz, hacía un nudo más. Tres años más tarde, también en Alemania, se botaba al agua el *Deutschland* de 203 metros de largo y 36.000 caballos de fuer-



El lujo y confort de los grandes trasatlánticos modernos ha superado lo imaginable. Los viajeros se encuentran en ellos con todas las comodidades del mejor hotel, y en sus salones, adornados con el más refinado gusto, se suceden las fiestas sin que nada haga suponer que viven sobre el mar.

Ayuntamiento de Madrid

za, capaz de hacer muy cerca de $23 \frac{1}{2}$ nudos. El *Deutschland* hacía la travesía del Atlántico en cinco días y siete horas y media. ¡Qué lejos quedaban ya los treinta días de los veleros de otro tiempo!

El *Deutschland* no tenía las dimensiones del famoso *Great Eastern*; pero no por eso era me-

entre gallinas, gansos y aves de caza. Se gastaban también 850 kilogramos de pescado, 200 de lengua y carne en lata, 850 docenas de huevos y 14 barriles de ostras y almejas. Para desayunos y meriendas llevábanse a bordo 650 kilogramos de manteca, 2.150 litros de leche condensada y 175 litros de nata en latas. El



También en esos colosos del mar se pueden practicar los deportes. He aquí el aspecto de una piscina montada con todos los adelantos, en la cual las gentiles viajeras se entregan a las delicias de la natación como si se encontrasen en una playa de moda.

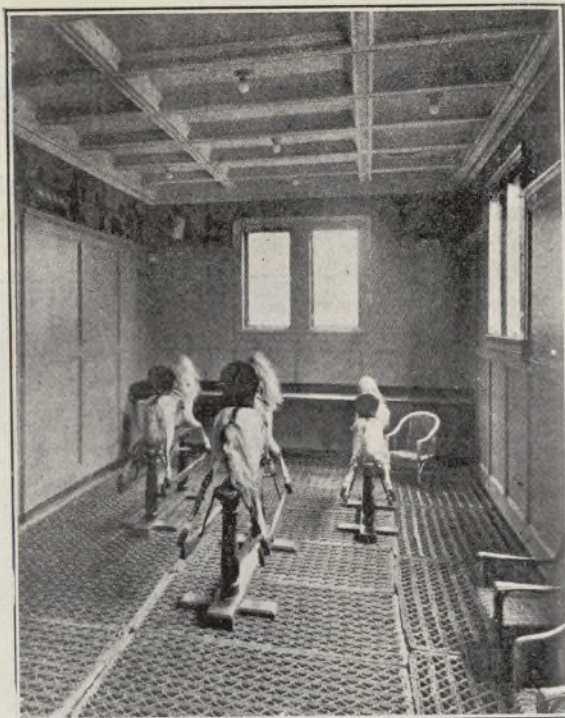
nos digno del título de ciudad flotante, una ciudad cuya población pasaba de 2.000 almas. Llevaba, en efecto, una tripulación de 550 hombres, entre marineros, personal de máquinas y empleados de todas clases, y su pasaje completo constaba de 467 pasajeros de primera, 300 de segunda y otros 300 de tercera. Para la alimentación de toda esta gente durante los cinco o seis días de viaje se empleaba la carne de 14 vacas, 10 terneras, 29 carneros, 26 cerdos y 9 cerdos, más millar y medio de aves,

capítulo de frutas y verduras no era menos digno de consideración; 4.250 kilogramos de fruta fresca, 200 docenas de lechugas, 20 bastas de tomates y escarola, 175 barriles de patatas y 75 barriles de otras verduras y legumbres. Noventa barricas de harina de trigo, pesando en total 8.500 kilogramos, 300 kilogramos de harina de avena y 175 de levadura completaban la despensa. Para remojar convenientemente todo esto, el *Deutschland* contaba con 12.000 litros de vinos y licores, 18.000

litros de cerveza y ¡400.000 litros de agua dulce!

No es difícil comprender que los viajeros prefieren estos grandes barcos, que hacen la travesía en poco tiempo y donde se encuentra toda clase de comodidades, a los transatlánticos ordinarios. En esos buques gigantes no sólo se tiene cuanto puede encontrarse en un gran hotel, sino que hay además toda clase de distracciones: cuartos de juego para los niños, sala de gimnasia, conciertos, bailes, teatro y hasta piscinal de natación. Una vez acostumbrados a estos lujos, los pasajeros esperan más todavía, aunque sea a costa de un poco de velocidad. Así lo comprendió una de las más poderosas compañías inglesas, la White Star, que en 1899 construyó el *Oceanic*, cuya marcha no pasó de 21 nudos, pero cuya longitud de 218 metros indica una capacidad suficiente para llevar con toda comodidad un numeroso pasaje y, lo que es más importante, para un cargamento excepcional. Solamente el precio del cargamento, el *flete*, como se llama técnicamente, bastaba para cubrir los gastos de la travesía, y esto permite a una Empresa naviera proporcionar al modesto pasajero de tercera comodidades que en los barcos ordinarios no tienen ni los de primera. En vista del éxito obtenido, la misma Compañía botaba en 1904 el *Baltic*, un vapor de 221 metros de eslora, que sólo había de llevar una marcha de 16 $\frac{1}{2}$ nudos, pero que podía llevar 28.000 toneladas de carga y 3.000 pasajeros, aparte de su tripulación de 350 hombres.

En 1911, la Compañía White Star, fiel a su propósito de construir transatlánticos capaces de llevar el mayor cargamento y el mayor número de viajeros posible, construyó otros dos buques, el *Olympic* y el *Titanic*, cuya longitud pasaba de un cuarto de kilómetro, y que podían llevar a bordo cerca de 4.000 personas. Uno de ellos, el *Titanic*, tuvo una vida efímera. Muchos de los lectores recordarán que al volver de su primer viaje a América, en Abril de 1912, chocó contra un enorme témpano de hielo y se fué a pique, arrastrando al fondo del mar una gran parte del pasaje. El infortunado navío, realmente digno de su nombre, medía 269 metros de eslora, 28 de manga y cerca de 20 de puñal. Sus cuatro gigantescas chimeneas se elevaban a 55 metros sobre la quilla, y una de ellas tenía interiormente una escalera que permitía, cuando las calderas estaban apagadas, subir hasta su borde, desde donde se abarcaba con la vista una extensión inmensa.




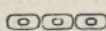
Los niños tampoco han sido olvidados y tienen una sección destinada a sus juegos. Los pequeños pueden dedicarse a domar pequeños potros de madera, dóciles siempre a sus manitas, sin peligro alguno de caída.

Tenía el *Titanic* 10 puentes, y eran tan numerosas sus cámaras, salas y galerías, que todos sus pasajeros tenían en su camarote un plano muy detallado para poder orientarse. En lujos y comodidades, superaba no sólo a todos los buques hasta entonces conocidos, sino a todos los hoteles y balnearios, llevando a bordo baños turcos, piscina de natación, patinadero y hasta un soberbio café con terraza, para los viajeros que quisieran comer al aire libre.

Todo esto resulta, sin duda alguna, gigantesco; pero los navieros alemanes, al empezar la Gran Guerra, se disponían a ir todavía más allá. El año 1914, en efecto, se comenzó en Hamburgo la construcción del *Bismarck*, barco transatlántico de 56.000 toneladas, con 280 metros de eslora, cuatro hélices y motores de petróleo, lo que permite dedicar mayor espacio al cargamento.

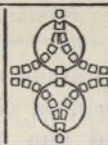
Este nuevo coloso estará terminado el año que viene; pero ya no navegará bajo el pabellón alemán, ni siquiera conservará el nombre con que fué bautizado: en virtud de lo convenido en el Tratado de Versalles, ha pasado a ser propiedad de Inglaterra y se llamará *Majestic*.



UN INVENTO 
 ESPAÑOL



EL AUTOGIRO



El nuevo aparato presentado por el ingeniero inventor D. Juan de La Cierva y ensayado con éxito en el aeródromo de Cuatro Vientos, marca el concurso de una nueva era en los gastos de la aviación

Un aparato volador insensible a las pérdidas de velocidad en el aire y que llegase a tierra suavemente, como llega el pájaro a la rama del árbol, es un ideal perseguido vanamente por los constructores de aeroplanos y alcanzado recientemente por el autogiro.

En este aparato se han suprimido las alas y se ha confiado la sustentación a una hélice de eje vertical montada sobre el fuselaje de un aeroplano ordinario. No pertenece, sin embargo, a la familia de los helicópteros, pues en estos aparatos las hélices sustentadoras van movidas directamente por el motor, y en el autogiro es el viento relativo de la marcha el encargado de hacer girar las aspas del sustentador, y así, aunque por su aspecto exterior se asemeja a un helicóptero, es pariente más próximo del aeroplano, y de no haber sido bautizado con el castizo nombre de autogiro se le llamaría seguramente aeroplano de alas giratorias.

El sustentador de este aparato tiene cuatro aspas, articuladas a un eje común de giro que pueden moverse libremente, subiendo o bajando al mismo tiempo que giran a su alrededor.

El punto de articulación de las alas está situado por debajo de su centro de gravedad y por él ha de pasar forzosamente la resultante de las dos fuerzas que obran sobre el asa; la sustentación y la fuerza centrífuga. El ala de

mayor sustentación se levantará más que la opuesta, y la resultante de todas las reacciones pasará por un punto fijo, en el que ha quedado concentrada la curva metacéntrica. No hay, pues, transmisión de momentos al eje de giro, ni hay tampoco efectos giroscópicos, pues falta la continuidad en el plano de rotación, indispensable para que se produzcan.

En uno de los vuelos de ensayo, al tomar tierra, como podía tomarla un aeroplano ordinario, única forma ensayada hasta entonces, ocurrió un accidente que hubiese costado la vida a cualquier avión de los corrientes. El contacto de mano, estropeado, puso en marcha el motor cuando el piloto encabritaba al autogiro para apoyar en tierra el patín de cola, y el aparato se elevó rápidamente en el aire. El piloto cortó el motor y tiró de la palanca de los mandos, y el autogiro descendió verticalmente y tomó tierra con suavidad, percibiendo claramente el piloto la sustentación producida por el rápido giro de las aspas.

El autogiro ha dejado de ser una curiosidad científica para con-

vertirse en algo que puede ser objeto de una explotación industrial. Los ensayos del mes de Enero último han probado que vuela, que es más estable que un aeroplano y que toma tierra verticalmente y sin velocidad. Falta aún determinar exactamente su rendimiento, que debe ser análogo al del aeroplano y que, en el caso más desfavorable, estará respecto del de éste en la relación de 90 a 100.

El autogiro no es un helicóptero ni un sistema de aviación extravagante con el que se



D. Juan de la Cierva, ingeniero, meritisimo inventor del Autogiro

pretende resolver un problema difícil de mecánica, sino un aeroplano perfeccionado con el que no se persigue el fin deportivo de aumentar la velocidad o el comercial de ampliar el radio de acción, sino el humanitario fin de reducir a un mínimo el número de accidentes y el de vidas humanas sacrificadas en la lucha por el dominio de los aires.

Casi todas las catástrofes de aviación son

dor de que en el caso más favorable cuando un accidente ocurrido al piloto deje sin mando al aparato, el choque contra el suelo sería análogo al de una caída desde 70 centímetros y en lugar de las vertiginosas velocidades horizontales conque llegan al suelo los aeroplanos tomará tierra, también en el caso más favorable, con una marcha de 12 kilómetros por hora.



El nuevo aparato Autogiro, cuyas pruebas han sido realizadas con gran éxito. El piloto D. Alejandro Gómez Spencer, que realizó las experiencias.

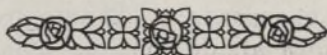
debidas a la pérdida de velocidad, que disminuye la fuerza sustentadora y deja al aeroplano sometido al tirón de la gravedad. Pues bien; el autogiro es, hasta ahora, insensible a las pérdidas de velocidad. Una parada del motor, un encabritamiento brusco, un viraje muy ceñido le harán interrumpir su marcha horizontal y le harán descender hacia tierra; pero las aspas del sustentador le *atornillarán* en la atmósfera y llegará al suelo con escasisima violencia.

Las pruebas conducen al resultado consola-

La parada del motor al volar sobre un terreno quebrado o abundante en vegetación, que es mortal para el aeroplano representará solamente una avería, escasas consecuencias para el autogiro.

En cambio no podrá probablemente hacer el *looping* ni las demás acrobacias de los aeroplanos de caza.

Será un aparato comercial, no un aparato de guerra, que la falta de la pérdida de velocidad reúne excelentes cualidades de seguridad.





¡HASTA LOS PERROS!

FALDERÍ.—¡Cuánto sentí que anoche no entraras conmigo al cine! ¡Es una lástima que los perros adultos no estéis admitidos en esos salones cinematográficos y coreográficos!

SUPERCÁN.—Con decir *cínicos* has dicho todo.

FALDERÍ.—¿Tú que sabes, si no los frecuentas?

SUPERCÁN.—Oigo al público decir que muchas artistas son... perros.

FALDERÍ.—No lo dirán por la fidelidad. Pero... ¡si vieras qué bien nos tratan y qué homenajes gráficos se dedican allí a las virtudes de nuestra raza! Yo me salgo en cuanto empieza el garrotín; pero las películas me atraen. Anoche *nos dieron* una conmovedora. Figúrate que dos bandoleros acechan en el bosque a un campesino que lleva encima importante suma, fruto de copiosos sudores y luengos trabajos. El pan de sus hijos. Le acometen y tratan de arrebatarle su tesoro: se defiende, luchan, ruedan, le hieren, y, creyéndole muerto, le arrojan al río. Su fiel can (uno de nuestros hermanos cuyo semblante va proclamando virtudes), al verle hundirse en la corriente, lánzase al agua, y no sin riesgo de entrambas preciosas vidas, le recoge, gana la orilla, y dejándole a salvo, corre al pueblo, llega jadeante a su casa, y con esa elocuente mímica, más traducible que muchas lenguas gramaticadas...

SUPERCÁN.—No seas cursi, *relata réfero* y nada más.

FALDERÍ.—Hace que le sigan dos vecinos y can aradas de la víctima: les guía y lleva adonde está desmayado el herido, cargan con el cuerpo exánime y, ¡compañero del alma!, hay que ver la noble alegría que resplandece en la faz de nuestro hermano cuando ve a su amo devuelto a las caricias de su mujer y de sus hijos.

Pero hay más, no basta salvar la vida, sino la fortuna de aquel hombre. El perro, con señales clarísimas da a entender que, olfateando, podrá rastrear la pista de los bandidos. Salen en su busca los dos vecinos, requieren el concurso de dos gendarmes, y guiados por el perro, dan caza feliz a los malvados. Cuando el perro protagonista llega al hogar de sus amos llevando entre los dientes el dinero re-

cuperado, el público sano del cine aplaudió conmovido a nuestro hermano. Yo quise aullar..., me achucharon..., y una lágrima silenciosa...

SUPERCÁN.—Rodó por tus histéricas mejillas. Sois irredimibles los sentimentales. Embobados por esos melodramas de sentimientos... malabares, olvidáis vuestra ignominia. Tú lloraste porque eres un esclavo irredento: porque vistes la librea de la cómoda y vil domesticidad: porque, glotón, egoísta, epicúreo y mercenario, escarneces la raza, sirviendo de bufón a los hijos de tu amo, haciendo cabriolas denigrantes, y poniéndote en dos patas, imitando las ridículas posturas de los hombres.

FALDERÍ.—Estamos pagados en todo caso. Yo he visto en los circos hombres que llaman payasos, imitar las posturas y el ladrido nuestro.

SUPERCÁN.—Peor para ellos y para ti. Se debe imitar lo bueno y no lo malo del prójimo.

FALDERÍ.—¿Y no es altísimo ejemplo, digno de imitarse, el de la película que te digo? ¿No te enorgullece que se consagre así gráficamente nuestra fidelidad?

SUPERCÁN.—¡Fidelidad! ¡Vana palabra! ¿Hay virtud más falsa y denigrante que la perfección del servilismo? ¡Sacrificarse el perro! ¿Por qué y por quiénes? ¡Por un mendrugo hediondo, infestado de microbios que te arrojan como salario! ¡Por un hueso descarnado, roído ya por dientes postizos! ¡Por las ruinas sobras de quienes son incapaces de vuestra fidelidad! Esos mismos hijos de tu película, que recobraron su padre y su bienestar, darán una vida *de perro* a su salvador: le harán velar de noche a la intemperie, guardando sus haciendas; gozarán martirizándole; harán ostentación de que *a ellos* no les muerde; pero... que un día a la semana se le ocurra al perro heroico ir a reunirse con otros de los suyos, a disfrutar breves instantes en jocundos recreos con otros canes y con alguna *cana*... y verás cómo le hartan de palos, y le ponen por *inri* una cadena...

FALDERÍ.—La virtud no mira al premio. Hay que ser bueno porque sí, con amargura de momento y placer permanente. Son los tres grados en que yo divido a las gentes. Los malos para el prójimo, los buenos para sí, y los buenos para los demás. Yo no aspiro a la perfección, pero soy agradecido al pan que como... Así me lo enseñaron mis padres...

SUPERCÁN.—Asalariados como tú, abúlicos, im-

potentes, retardatarios de la emancipación canina. ¿Es virtud ver que, mientras vosotros los encasillados de la fortuna, tenéis techo que os cobije, pan seguro, obligaciones suaves y pagado el cine..., anden otros perros desmayados, errabundos, abandonados y perseguidos como alimañas?

FALDERÍ.—¡Vieja cantinela! Tú olvidas que todo trabajo es servidumbre: que con librea o sin librea, el que cobra depende del que paga: que escritores, actores y oradores se humillan ante su público; que la independencia es una sonora utopía del que nada tiene ni nada es capaz de ganar. La vida es dependencia mutua.

SUPERCÁN.—¡Justo! Por eso deben estar reglamentadas todas las dependencias. ¿Y la tuya lo está? ¿Tienes tú la ración que te mereces?

FALDERÍ.—Hombre... ¡que diga!... perro...

SUPERCÁN.—¿Lo ves? Ya nos confundes lastimosamente.

FALDERÍ.—Podían y... aun debían tratarme mejor, pero... ¿cómo se logra?

SUPERCÁN.—Enseñando los dientes: no tomando lo que te dan, y amenazando con tomar lo que te parezca.

FALDERÍ.—Me darían una patada y ¡a la calle!

SUPERCÁN.—Pues a la calle.

FALDERÍ.—Otro iría en mi lugar.

SUPERCÁN.—Se muerde al otro y a quien le recibe.

FALDERÍ.—¡Vanidad de los dientes ante un arma de fuego!

SUPERCÁN.—Los mártires perecen y las razas perduran. ¿Qué interés tendrían los hombres en exterminarnos? Les hacemos falta. Coticémonos.

FALDERÍ.—Yo no tarifo mis afectos, y estoy unido a la casa que nací por sentimientos inolvidables. Yo aullé de pena, presintiendo la muerte del pequeñín de la casa que, según dicen, voló a las alturas: yo, cuando *el señor* vino ileso de la guerra, compartí las alegrías de los suyos: yo, en días adversos (cuando una ráfaga de hambre pasó por nuestro techo), sufrí paciente la escasez que todos aguantaban: yo, he tenido días de hartura, tomando parte en sus festines y jolgorios. No veo la explotación ni la tiranía: soy *uno más* en la casa, y si yo lamiendo la herida de un niño mitigué sus dolores, sus tiernas manos, otro día, me arrancaron a mí una espina. No hables de derechos a quien tie-

ne el amor por ley. Cuando paso por delante de uno de esos cuadros en que pintan un niño abrazado a un perro, me entra tal devoción, que si pudiera persignarme me persignaba.

SUPERCÁN.—¡Bonito misterio! Amor de niño, agua en cestillo. ¿Qué eres para el niño? Lo mismo que un *Juan de las Viñas*, que un muñeco de cartón. Un juguete más, pero más sugestivo, porque a un monigote no se le puede atormentar, y a tí, sí. ¡A mí podían venirme con esas! ¡Santísima libertad de la calle! ¡Hambre sagrada! ¡Nobles fatigas apostólicas de los que rechazan el yugo patronal del hombre! ¡Mil veces benditas! Yo, para que lo sepas, en especialidad de la caza, he impuesto mi mérito a los que me llevan. ¡Ir yo, con la pieza cobrada en la boca, después de haberla levantado y perseguido, para que *ellos* se la coman? ¡Ca! Yo con esa misma expresión del perro de tu cine, reclamo mi participación en los beneficios. Nada de huesos, salario de esclavos. A cada cual según su trabajo, y el día en que tome cuerpo la solidaridad perruna, ya verán cómo para llamarnos *el amigo del hombre* es preciso tratarnos como amigos y no como *primos* que somos...

FALDERÍ.—¿Y si dicen que *nones*?

SUPERCÁN.—Entonces ¡ay! abandonemos la domesticidad, volvamos a ser salvajes, sigamos el ejemplo del hermano lobo.

FALDERÍ.—Ahora sí que has dado en el clavo. La verdadera cuestión es esa. Cuando la dulce solidaridad de los que viven en un mismo techo se debilita; cuando se desatan los vínculos familiares, poniendo leyes al padre, el hijo, el criado y... hasta el perro: cuando se moteja por cándida la gratitud, y se llama al respeto servilismo, a la modestia humillación, y a todo acto se le busca una egoísta finalidad, entonces resurge en nosotros la fiera interior, nos sentimos lobos, y los lobos, ya ves, no han fundado nada, porque son el desamor infecundo, la inútil rebeldía, que al través de los siglos anda errante, viviendo del espanto de sus víctimas, que pueblan el universo, y van como yo, a derramar una lágrima *de histérico, irredento*, ante un espectáculo noble y generoso.

SUPERCÁN.—Hablas como los hombres...

FALDERÍ.—Según. Los hombres cuando hablan como tú, parecen lobos.

JOSÉ CÁNOVAS Y VALLEJO



EL PACTO



Cuento, por JAVIER VALCARCE

Sobre el camino blando de la llovizna, que aquella tarde, por ser de Agosto, asemejara sudor del sol, marcábanse a tuestas los pies grandes y descaltos del andariego corredor de abadías y fisgón de corrales. Mostraba Faustino, el «Alarvio», la traza gigantesca y tan desairada, que por el entreabierto lino pardode su camisa parecían las líneas de su osamenta a las propias estacadas guardadoras de los árboles nuevos en las carreteras bien sabidas del malpocado...

Ahuyentábase el día al volar de las nubes, redondas, coloreadas en la puesta, como las bolas de oro de otro dantesco canto, donde rodasen su condena los avariciosos del cielo, pososos de toda codicia. Y un ágil sacudimiento desesperaba la tierra después del trago, bebido a chorro, con las fauces abiertas de los montes linderos, por cuya garganta bajara el agua glogoteando alegre entre los pinares, sobre las parras, dorada al sol como un buen vino, del cual tonel quedaban aún, quebrándose en la enorme redondez, las siete duelas luminosas de un arco iris...

El «Alarvio», sobrado conocedor de la senda en que sus pasos dejaban como hendiduras de azadón tendidas por las rejás huesudas de sus plantas, apuró allí la marcha al olor de un ventorro ya no desviado, según la leal experiencia suya. Pocos zancajos hubo, efectivamente, de costarle el tal lugar, famoso en la redonda por lo muy a tiempo que aliviaba siempre una andaina, viniese de Buen o de la Senra, de Cardama la alta o de Santo Tomé de Romarís, que todas las veredas daban a su juntanza como palos de rueda en el sostén y afincamiento de ella. Llegado, pues, al parador, de cuyo fondo iban surgiendo, conforme los ojos se hacían a lo oscuro, las cubas negras, babeantes, con un tazón en bajo para recoger el fruto, que así por las resquebrajadas tablas se salía como los humores de una mala sangre, Faustino demandó la copa ritual de caña fuerte, y la sorbió en un punto, tras el cual rompió el cuitado en una tos bronca crujiente, que sonaba dentro del débil tronco como a golpes de hachazos...

—¿Dónde vas, hom?—preguntó el tabernero pasado el amago.

—Tirando a casa de D. Prudencio.

—¿Topaste peor, luego?

—¡Válate Judas! ¿Y piensa vosté que si me topa-

se peor había de ir al médico para que me lo remediara y me alsugase esta aperreada vida? ¡Puciejol!... Voy porque mandóme llamar.

—¿Para qué, hom?

—Sabrálo él... Dé acá otra copa.

Tornó a crepitar el pecho descarnado bajo las clavículas movidas de la tos como dos viejos goznes que rechinasen abriéndose. La cueva del mesón se iba cerrando sepultada en las paletadas de sombra que caían en su hondura por cima de las pipas ventrudas y negras, cual grotescos ataúdes de Pantagruel... Faustino, apurada la líquida lumbre, recabó la gruesa porra diciendo:

—Vaya, voyme yendo... ¿Qué le doy?

—¡Bah, qué has de dar, hom! Rézalo por mis difuntos.

—Dios se lo pague, luego.

—Amén; y tú no me lo cobres a lo mejor en una pita del gallinero.

—¡Válate Judas, qué cosas tiene!

Fuera quedaba día aún. Un aire manso entraba por los pinares del sendero meneando las copas cernidoras como cribas que harinasen el sol, espolvoreándolo cada vez... Súbito, un repique jocundo, acompasado mismamente que una viveirana, soltó su vuelo, creciéndose y apagándose según el viento lo traía en bocanadas sonoras, como un aroma, un aroma a juncias y espadañas, en olor de fiesta, derramado por las campanas nunciadoras de la víspera, cual de unos vasos vertidos y vueltos... Romería, parrandera compañía de la gente... El vagabundo se refocilaba con la idea de las casas dejadas y las eras solas; las próbidas eras que desde el su nacer le procuraban la vida a hurto de los hombres. Porque Faustino era hijo de palleiro. Quiere decirse, en la gráfica expresión de la tierra, que fuera natural y subrepticio fruto de unos amores que en buena lógica buscaron el arrimo de algún pajar una propicia noche de ruada que figurase arriba las estrellas tal que conchas de pandereita, según llenaría la aldea el bullicio de los cueros regocijados, encubridores del rumor de los besos.

Con estas y otras, avistó el andante facedor de entuertos la casa del médico, situada a poco de la carretera que cortaba enfrente la verde extensión del valle clara y encostrecida como una luenga cicitriz de la tierra.

—¡Alabado sea Dios!—exclamó el andador no bien tocó la puerta.

Transcurrió un buen trecho hasta que en las losas húmedas del zaguán teclearon los zuecos de una moza que portaba dos espigas de rubias hileras enredadas como trenzas. El buscón las besó cristianamente antes de meterlas en la saqueta que a ambos lados colgaba de los hombros al modo de un peregrinante escapulario.

—Dios se lo pague... Por otra parte, venía a ver a don Prudencio, de su orden, que non sé qué me quiere.

La criada llegóse al pie de la escalera y gritó:

—Señor, que está aquí Faustino el probe, que dí que viene por mandato de usted.

—Sí, sí; que suba—contestó una voz francota y jovial.

Entró el gigante al despacho donde estaba leyendo el médico a favor de un velón de dorada taza, semejante a una fontana ornamental y diminuta, que manaba en derredor la llama viva de sus tres surtidores. El cuco parlero de un reloj, simbolizador del tiempo en un pájaro preso que saltase por los signos de las horas, como en los palos de una jaula, lanzaba entonces, desde la abierta cancela, su canto agorero y burlón. El médico cerró el libro y contestó al saludo humilde:

—Hola, truhán; siéntate y cúbrete... Manuela, trae un vaso para este.

Conocedor de aquellas gentes y del modo usual con que allí se negociaba un trato, don Prudencio comenzó hablando de todas las cosas que menos pudieran descubrir el objeto de su llamada al trashumante. Dió espacio a la moza para que dejara sobre la mesa el vino; oyó contar al husmón las nuevas recogidas en el quicial de tantas puertas y aguardó, en fin, una callada pausa, durante la cual voló en la sala el rumor lento de la péndola, monótona y lejana, como esquila de rebaño...



De pronto, resueltamente, se dirigió al «Alarvio»:

—Pues yo te quería para un asunto en que puedes ganarte algo...

—Señor, a la media noche, si está en mi mano.

—Y en todo el cuerpo. Verás... Es, por no andar con más rodeos, que me vendas el esqueleto.

Faustino no tuvo habla que replicar. Quedóse parado y recordó al caso las oídas consejas en que el diablo se aparece a los hombres puestos en trance de una mala fortuna para comprarles el ánima a cambio de su favor; y miró con espanto al médico.

—No te asustes, hombre... para cuando sea.

—¿Tan mal me ve, señor?

—No es eso... pero todos somos hijos de la muerte. Más joven soy yo, y puede que pierda el trato. Además—prosiguió el médico—, todo es la impresión; a tí, ¿que más te da?... Servirás al estudio, harás por siempre como la estatua de tí mismo... Y, sobre todo, te sacas unos cuartos ahora.

De verdad, este razonamiento era para mirar al médico en más humana figura, borradas un poco aquellas alas negras que Faustino viera en el retablo del patrón San Miguel de Cora. Bien mirado, entonces el alma no tenía nada que ver. Y en cuanto a lo demás, ciertamente, a él ¿qué le importaba?

Estar en un sitio o en otro fuéale nunca cosa de reparo. Con todo, vacilaba, vacilaba, por miedo a no sabía qué; y seguíanle mosconeando las ideas como si volasen dentro aturcidas por salir todas, igual que las abejas al ahumarle los cobos. El pájaro del reloj volvió a aparecer, contando en la mofa de su «cu-cu» grotesco y apremiante: ¡a la una, a las dos!... Tras el portazo con que hubo de esconderse luego, era la esfera blanca como una flor de margarita en que los dedos de las agujas iban deshojando minuto a minuto las eternas incertidumbres. Y la misma péndola imaginaba ir diciendo: sí, no... Si, no...

—Vaya, te doy cinco pesos, si quieres—resolvió don Prudencio.

¡Santo Cristo de la Gándara, cinco pesos!

El mísero sintió un áureo deslumbramiento como si todas las cosas cobrasen el color embrujado de los tesoros. ¡Cinco pesos!...

Para hacer cabal cuento de ellos, Faustino hubo de trocarlos mentalmente en las prendas diarias y mezquinas de su vivir de caridad, desgranzándolos como las espigas que tintineaban, al caer los granos, en las piezas roñosas de su bolsón.

Luego, calmosamente, repuesto ya en su inmutable serenidad de filósofo vago y marrullero, terminó con benigna conformidad:

—Bueno, señor, si es un gusto suyo...

Extendióse a seguida el legado, y Faustino, por no saber firmar, puso una cruz al pie. Una cruz negra y tuerta como esas que en masonados parajes recuerdan un acontecimiento de romance, y ante las cuales se descubren medrosos los que van de camino...

COSAS DE AMÉRICA

Lo mismo aquí, que allá...

Nada más gracioso y entretenido que unas elecciones en la República Chilena.

Los *rotos* (plebe) chilenos son lo más socarrón y taimado que Dios crió, y nadie llega jamás a compenderlos, por lo cual vuelven tarumba y acaban por marear de veras al que pretende conquistarlos.

Es indudablemente por esto por lo que el *roto* se erige en soberano cuando las elecciones se aproximan, y procura maliciosamente sacar el mayor provecho de su *calificación*, o papeleta, que dedimos en España.

Cuéntanse casos curiosos de *rotos sabios* que engañan a las mesas volando varias veces con *calificación* y hasta con traje distinto; algunos salen apaleados y maltrechos de los colegios, porque los *ñores*, como ellos dicen, los tienen tan conocidos que andan con cien ojos y no son bastantes.

Cuéntase de un *roto* que se presentó a votar con papeleta falsa: le habían dicho que se llamaba Juan Fernández, pongo por caso; pero se habían olvidado de advertirle que era presbítero de profesión.

Tomaron los de la mesa la *calificación* y le preguntaron:

—¿Cómo te llamas?

—Juan Fernández, *ñor*.

—¡Pero *roto* sin vergüenza, si aquí dice presbítero!

¡Cualquiera supondrá que el hombre quedó anadado ante el descubrimiento de la farsa!

Pues no, señor: deglutió saliva, cerró y abrió los ojos arqueando las cejas, engalló el busto y dijo con admirable desparpajo:

—Es que, *ñor*, soy Fernández por mi *paire* y Presbítero por mi *maire*.

¡Y no fué jolgorio el que se armó en el colegio electoral!

Faltaban tres o cuatro días para unas elecciones, y un amigo que tenía muchísimo gancho para conquistar *rotos* y muchas *chanchas* (pesetas) para pa-

gar los votos, me invitó a un paseo campestre. Se trataba de sumar papeletas en favor de un amigo y se las prometía felices del paseo. Iríamos a un baile de *Enramado*, en donde se reunía la gente del campo, y allí verían los contricantes cómo se cautivaban voluntades.

Era domingo, y al trote duro de magníficos caballos del país, hermosos y de gran estampa; pero más propios para tiro que para silla, nos encaminamos al merendero de Silva, «el amigo de los amigos», como rezaba el rótulo con que el *chichero* famoso daba el alto a sus parroquianos.

Cuando llegamos había una *remolienda* de mil diablos y una de *gofetás* que a cualquiera le podía arder el pelo: el motivo era el siguiente, y lo consigo porque ciertos episodios dan a conocer el carácter de los pueblos más que todas las descripciones.

Un *roto* se había llegado humildemente al mostrador pidiendo *medio* de pan y dos onzas de *queso*.

Una vez que le fué servido lo que pedía, quedóse mirando el queso y el pan, y después de darle algunas vueltas dijo, reflexionando con aire fingidamente estúpido:

—Me quisiera hacer el favor, amigo, de cambiarme por *chicha* el pan y el *queso*?

—Vaya el cambio, respondió el «amigo de los amigos», poniéndole delante los vasos de *chicha* correspondientes al importe de lo pedido, y no pagando anteriormente.

Bebióla el *roto* saboreándola, y limpiándose los labios con la punta del *poncho* dijo, disponiéndose a salir:

—Vaya, pues, amigo, quede con Dios.

—Atienda, *compairito*, ¿y no me paga la *chicha*?

—¡Amigo, bueno hombre! ¿Y ya no le he pagao con el *queso* y el pan?

Este cuento lo ha traducido para los sevillanos alguno de nuestros aplaudidos escritores.



CRÓNICAS FESTIVAS

EL DICCIONARIO GATUNO



A fuerza de conocer a los hombres, he concluido por estimar mucho a los gatos: por eso cuando perdí a *Hollín*, mi hermoso gato negro, después de registrar patios y sótanos, determiné buscarle en el tejado a las altas horas de la noche, en que sólo nos espían nuestras vecinas más calladas, las estrellas. Oíase un diálogo gatuno, musical y brillante, cuando con la suavidad posible me deslicé sobre las tejas: la huída de uno de los interlutores me demostró que había hecho ruido; pero el fugitivo era un gato blanco. ¿Habría ahuyentado al otro, que bien pudiera ser el mío? Un maullido melancólico que sonó tras el caballete de una buhardilla próxima me devolvió la esperanza; avancé a paso de hormiga hacia la ventana, maullé lo mejor que supe, y noté con cierto orgullo que me contestaba otro maullido; repetí, respondió el gato, y después de un largo paseo contenido para recorrer la distancia de tres metros, pude asomar la cabeza a la ventana, y en vez de mi gato *Hollín*, quedé atónito al encontrarme ante un anciano venerable que maullaba con extraordinaria perfección y me miraba sonriendo.

—Pase usted, vecino—me dijo—, que puede usted caerse.

Y ayudándome a entrar por la ventana, añadió, mientras yo callaba avergonzado y sorprendido:

—El primer maullido que usted dió me llenó de placer: era una frase desconocida para mí; al segundo temblé, creyendo por su acento extranjero que entre los gatos hubiera idiomas diferentes; luego reconocí el acento humano y una imitación burda y sin sentido. Pero tiene usted disposición, y en un curso de diez o doce años podría usted maullar correctamente.

—¿Diez o doce años?

—Yo he gastado cincuenta en entender ese idioma y componer su diccionario: aquí le tiene usted.

Encendió un cabo de vela, y me enseñó un pliego de papel con anotaciones musicales y su traducción al castellano. Yo leí:

«Mia-ma-rra-ma-ñau. Quiero marido.

»Mia-ma-rra-ma-ñí. Quiero mujer.»

—Vea usted—dijo el anciano—; en su gramática sólo hay verbos y substantivos. ¿Comprende usted la ventaja de un idioma que carece de adjetivos? Pues sus frases no llegan a treinta: «Quiero entrar, quiero salir, tengo hambre, tengo frío.»

Y las maulló con tal entusiasmo, que un vecino de enfrente se asomó en gorro de dormir y dijo:

—¡Zapel!

El anciano, envanecido por aquel error, prosiguió:

—Es el idioma más filosófico, intencionado y rico que existe.

—Filosófico podrá ser; pero... ¿rico..., rico un idioma tan limitado?

—Rico como el metal despojado de la escoria; en él todo es substancia; no admite chismes ni conversaciones inútiles, y nos enseña con su laconismo y omisiones todo lo que escribimos de más y deberíamos callarnos. Hay gato que no maulla en un mes. ¡Cuánto ganaríamos si la sobriedad de nuestro idioma nos obligara a hacer lo propio!

—Según...

—Ni una palabra más; hablo lo menos posible para no perder mi acento cuando maullo.

—¿Cómo! ¿Me da usted la vela?

—Me hace daño la luz, y veo a oscuras.

—Quisiera preguntarle por un gato que he perdido.

—El gato no se pierde nunca es que mejora.

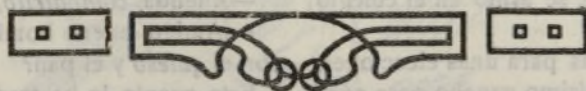
—No es posible.

Quise hablar del pobre *Hollín*, pero me empujó el viejo, diciéndome con prisa:

—¡Hombre! ¿No oye usted maullar? Es que me llaman.

Y como yo quisiera insistir, me bufó y cerró la puerta.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMON



EL VELLOCINO DE PLATA

NOVELA, POR FRANCISCO CAMBA

(CONTINUACIÓN)

Iba tal vez a añadir que una carroza de gala estaría esperándole, cuando Portela, que encendía un cigarro puro, interrumpió la operación visiblemente alarmado.

—¿Qué banquete?

—El banquete de la colectividad española, un banquete verdaderamente monstruo, para el cual están vendidos más de cuatrocientos cubiertos, y al que se invitó a cuanto de ilustre tiene este país en ciencias y en letras.

Portela pareció aturdido. ¡Un banquete! ¿Pero creían en serio que él tenía necesidad de banquetes? ¿Tomaban tan al pie de la letra la leyenda del hambre española? Acabó de encender el cigarro, y una idea aún más desagradable, después de arrugarle terriblemente la frente amplia, le hizo llenar la cama de ceniza.

—¿Pero no comprenden que en un banquete de esos no puedo negarme a hablar?

Pumariaga aprobó con entusiasmo. Nada deseaba tan ardientemente; era loco por los discursos. Portela le miró como un tigre que va a saltar sobre su presa. Y otra idea debió ocurrírsele, una determinación que le tranquilizaba. Arrojó a su suerte un padazo de cigarro mascado con furia, y afirmó resuelto:

—Yo no voy.

—¿Qué dice?

—Que no voy. Vayan ustedes, coman ustedes..

Pumariaga se atrevió a insinuarle que estaba el gasto hecho, y Yáñez, más diplomático, le recordó que estaban invitados argentinos con los cuales no tenían confianza ninguna.

—Pues ni así.

—¿Qué pensarán de nosotros, si no podemos conseguir de usted, compatriota nuestro, pero compatriota ilustre, un favor tan puequeño? Creerán que no somos nadie...

—¿Tan pequeño? ¿Le llaman pequeño a ese favor?

Sus ojos fusilaban al decirlo. El cigarro, mordido, destrozado, era ya una cosa informe. Entonces, el doctor Madariaga, silencioso durante toda la escena, creyó llegado el momento de su intervención,

y, risueño, brillándole como nunca el monóculo, también se acercó a la cama.

—Puede venir confiadamente, Portela. Usted es un príncipe de la literatura, y los príncipes no hablan en los banquetes. Hablan sus ministros. En la hora del peligro, si esa hora llega, yo le prometo ser ministro de usted.

Portela miró al doctor Madariaga con viva curiosidad, como si viese de pronto florecer en rosas el cigarro destrozado e incombustible que fumaba. Y aceptó, pero todavía con temores, con reparos.

—Que no aparezcan a última hora las habilidades, que los dejo mal. Coacciones, no. Ya que aquí, por lo visto, se pagan los discursos, no hay quien me oiga de balde.

Después de tan lamentables informes, hubo en la mesa un abatimiento profundo. Aquellas gentes no podían resignarse a la triste pérdida. Pronto se oyeron voces. Habían acariciado durante tanto tiempo la idea de una expedición a la usanza clásica, un tal ensueño de guerra y de gloria, que la protesta se alzó tumultuosa y unánime.

—¡No puede ser! No se abandona el gran proyecto. ¡Buscaremos otro jefe!

Desgraciadamente, la necesidad del jefe no era la única. Hacían falta armas, tiendas, provisiones, gente mercenaria y sin ideales, a quien sería indispensable pagar puntualmente, y del Gobierno nada podía esperarse en tanto la conquista no estuviese hecha. Mas aquel reparo, aun siendo tan fuerte, no arredró a Farfán de los Godos.

—¡El dinero se busca! ¡Cosas más difíciles se han encontrado!

Y extendió por el recinto las miradas de sus ojos terribles, como indicando ya las gestiones, y el dinero pudiese estar sobre algunas de aquellas mesas, debajo de las servilletas dobladas. De repente lanzó un grito de triunfo:

—¡Antón!

La voz era inapelable, y Antón vino lentamente, receloso, negándose ya, esquivándose.

—Déjenme en paz. Ya saben que yo no tengo plata...

—Pero tienes un alfiler, una cadena, unas sorti-

jas perfectamente pignorables. Empeña todo eso, empeña tus joyas, como hizo una reina de tu país en ocasión análoga, y, por gloriosa que ha sido, no ciertamente más que lo será ésta. Empeña tus joyas y la Historia te perdonará entonces el negro pan y el negro trato que nos diste. De otro modo, tiembla por tu nombre, Antón.

—Déjenme en paz.

Hubo que dejarlo, en efecto, pues decidido a no convencerse, les había vuelto la espalda, dirigiéndose, todo encorvado, hacia la trinchera del escritorio. No importó que le llamasen a gritos miserable y hasta mal español, insulto allí generalmente inadmisibles. Lo sufrió todo, lo admitió todo. Perdió aquella esperanza, se dió a Villasuso el encargo

fiesta que los periódicos locales comentarían al día siguiente con orgullo y respeto.

Tan amigo de Iturbe aquel hombre, era seguro que Estela no le negase el encanto de su presencia, y Daniel, envuelto aún en los resplandores de la mirada afectuosa con la cual la muchacha le había despedido, se preocupó alborozadamente de las invitaciones. Para mayor fortuna, Farfán se sintió digno, y desde mucho antes anunció el propósito decidido y firme de quedarse. Tenía razón Daniel, debía ir renunciando a aquella locura. Acaso la tuviese también Villasuso, filósofo además de poeta, afirmando que las mujeres, como la sombra, persiguen a quien las huye y huyen de quien las persigue.



de buscar la idea salvadora, y el fecundo hombre pronto la sometió a dictamen de sus amigos.

—¿Qué os parece una colecta entre la colectividad adinerada?

Pareció bien. Y como días más tarde se supiese que Portela y Portuondo iba a visitar una estancia, acompañado sin duda de todos los españoles importantes, decidieron que aquel era el gran sitio y aquella la gran ocasión. Sabían ya dónde Daniel estaba empleado, y perteneciendo la estancia elegida a la fuerte casa de los Salazar, que Pumariiega regentaba, consideraron que las invitaciones no podían constituir una dificultad seria.

VI

Pumariiega, mundano y exquisito, invitó gente escogida, organizó un tren especial, contrató una música, y la excursión adquirió todo el carácter de una

—Yo me quedo. Basta que vayais Villasuso y tu.

Quien desde luego dijo que se unía a los excursionistas, fué Trujillo. Y no sólo por deberes de amistad, por deseo altruista de ayudar a la curación del compañero. A solas con Daniel, que apenas le oía, acaricióse petulantemente la guedeja rubia y bien cuidada.

—Ayer la he visto en el teatro, y comprendo que Farfán esté loco por ella. A la verdad, debe de ser una cosa admirable la de esos ojos clavados fijamente en uno.

Negocios imprevistos hicieron que a última hora Villasuso no pudiese acompañarlos, y el día de la excursión Farfán de los Godos madrugó tanto como Daniel y Trujillo. Un momento temió éste que aún por fin se arrepintiese de sus sensatos propósitos y le aguara la fiesta. Pero no. El digno hombre contentóse con hacerle a Aguiar una recomendación conmovedora y tierna:

—Háblale de mí. Dile que no merezco sus desdenes. Díselo, y pídemela vida.

El coche, detenido para llevar hasta la estación a los excursionistas de la casa, arrancó alborozadamente. Trujillo seguía hablando, dando a Daniel cuenta de su plan. Pensaba decir a la criolla que él no había venido en busca de fortuna, hablarle de vastas posesiones abandonadas, de una gran posición perdida por culpa de un amor desgraciado. A aquellas mujeres había que imponérselas. Proponerse conmovérlas con arreglo al sistema de Farfán estaba visto que era estúpido. Pero Daniel, al parecer atento a los planes de Trujillo, no le escuchaba en realidad. Su alma estaba llena con el recuerdo de la criolla, con las palabras bondadosas y el gesto amical de su despedida. Y sonreía ya al pensar en la alegría que su presencia le diese, y al imaginarse la voz de oro, preguntando con júbilo:

—¿Qué? ¿Usted también viene?

Desgraciadamente no la vio en la estación, y en el tren no estaba. No estaba, no. Iba éste lleno de mujeres, de mujeres jóvenes, de mujeres bonitas, que a pesar de dirigirse hacia una fiesta de campo, a comer al aire libre el asado tradicional y a ver una doma de caballos silvestres, se habían vestido como para el más elegante banquete en un salón lujoso. Sin embargo, ninguna era ella. El interés hacia la excursión le abandonó por completo. Y en absoluto desinteresado de los espectáculos que dentro del tren se le ofreciesen, prefirió mirar afuera, contemplar el campo, la llanura extensa por donde el tren rodaba, y que siendo un paisaje tenía ya las únicas voces apetecibles para su corazón. Agradeció incluso la buena idea de Trujillo que, con un resto de esperanza, se disponía a recorrer nuevamente el tren, disculpándose.

—Voy a ver si inicio las gestiones para la colecta.

Quedó solo. La llanura verde y enorme seguía pasando delante de él, sin pueblos que la matizasen, sin montañas, dándole un término, sin otros árboles que, de vez en vez, unos ombúes carcomidos, arrastrando sus ramas por la tierra, ni otras viviendas que algún rancho de peones con su triste techo de paja brava y sus paredes de barro triste. Pero tan necesitado estaba de campo su espíritu, que no vio la realidad crudamente. La embelleció con algo de su nostalgia, y respirando a pulmón lleno aquél aroma de tierra potente, acabó por parecerle bella, soberanamente bella la llanura verde como un mar, toda llena de mieses maduras que el viento rizaba, dándoles la apariencia exacta de un mar verdadero.

Bruscamente volvió los ojos a dentro. Acababa de oír, grata como siempre, aquella voz dulcísima con la cual venía soñando.

—¡Qué atrocidad!

Se apartó de la baranda sobre la que iba inclinado, y dió un paso hacia la plataforma, donde Estela, viniendo de otro coche, acababa de detenerse. La acompañaba Trujillo, y ni por un instante creyó ser importuno interrumpiendo la conversación. Se acercó con ansia de la sorpresa de aquella mujer, de su saludo tumultuoso. Ella, que ya le había visto, le saludó en el acto, alargándole la mano, volviéndose en un escorzo gracioso de todo el cuerpo. Pero nada más. Después de aquel silencioso saludo tornó a charlar alegremente con Trujillo.

—¡Qué atrocidad! ¡Un amor para toda la vida! ¿Las españolas aman de ese modo?

Acariciándose con su gesto habitual la guedeja rubia, el bello Trujillo dijo que no a todo el mundo, pero sí a ciertas gentes. A él, por ejemplo, no le olvidaban las mujeres con las cuales habló de amor. Tenía pruebas. Una se metió en un convento, otra se mató no pudiendo sufrir acaso su abandono. Y es que allá, en la tierra de donde venía, las mujeres acaso no supieron otra cosa; pero amar, sabían como nadie...

Y añadió, insinuante y dulce:

—Y ustedes, en el fondo, son españolas, desengáñese.

La muchacha protestó alegremente, riendo y sin dejar de mirarle, interesada cada vez más en aquella charla, que Daniel consideraba estupidísima. Burlonas acaso, para Trujillo eran únicamente las miradas de sus ojos. No importó que un momento buscasen los de Daniel. Trataba tan sólo de invitarlo a reírse con aquellas estupideces. Y murmuró, muy cerca su cara de la de Trujillo, queriendo marearle con el fulgor de su sonrisa y de sus miradas:

—No debemos serlo. A mí, por lo menos, un amor nunca me ha durado arriba de un mes.

De espaldas a la plataforma, agarrada a ella con las manos, rió más franca y alegremente, mecida por los movimientos del tren, casi rozando a veces con las gasas de su ropa y las hebras de su cabellera las manos y el rostro de Trujillo.

Ante aquella exagerada alegría, ante aquellos halagos para quien nada le importaba, Daniel sintió aumentarse su indignación. Se increpó con rabia por haber tenido la candidez de esperar otra acogida, y su pensamiento voló hacia Farfán, que de tal modo había pretendido desengañarle respecto a aquella mujer, pero que aun horas antes no parecía considerar perdidas las esperanzas todas.

¡Pobre Farfán! ¡Pobre amigo suyo, enamorado tanto y quizás para siempre de semejante cascabel sin alma! Lo compadeció profundamente, y sin poder contenerse, exclamó, ocultando apenas su ira:

—No le importe. Las españolas son una cosa, y otra los españoles. Anímese. Trujillo ni el mes siquiera estará aquí, yo se lo aseguro. Anímese, que seguramente sabrá amarla como usted merece.

La criolla, un instante sorprendida, asustada de aquel tono adusto y violento, preguntó al fin, con marcada ironía:

—¿Qué quiere decirme, señor Aguiar? ¿Se trata de una galantería fuera de mi alcance? Porque tengo entendido que ustedes los españoles, cuando hablan con una mujer, son galantes ante todo.

Y aun cuando ni la ironía ni la seriedad con que le miraba, ni la lección que pretendía darle, hirieron a Daniel como sus risas de antes, quiso molestarla aún, ser mordaz.

—Pero aquí apenas podemos permitirnos ese lujo. Las galanterías pueden llevar a otra cosa, y costar demasiado caras...

Desgraciadamente, no la lastimó en su orgullo, como pretendía. No le dió a entender que la consideraba incapaz de un sentimiento firme, e indigna, acaso, de inspirarlo. Sólo consiguió, con tales palabras, que ella recordase el suceso del muelle y el epílogo grotesco de aquella multa por premio de una frase galante.

—Ha nacido usted demasiado tarde, vea—murmuró despreciadora—; de otro modo, no hubiera tenido seguramente necesidad de emigrar. Le reconozco inmejorables condiciones de bufón.

Sintiéndose vengada, rió otra vez larga y alegremente. Aguiar la hizo callarse.

—Me faltaría para eso una cosa esencial. Me faltarían los cascabeles con que ciertas personas son felices.

La criolla le miró un instante, otra vez seria, con tristeza quizás de inspirar tales juicios, con lástima de quien no acertaba a comprenderla mejor.

—Se refiere a mi risa? Acaso ni para bufón sirviese, señor Aguiar. Los bufones siempre han sido psicólogos excelentes, y de quien se ríe tanto conviene desconfiar un poco.

En aquel instante el tren se detenía ante una triste estación de madera, sin flores en las ventanas ni apenas gente en los andenes, donde unos coches de recia traza espera-

ban a los excursionistas. Estela, dispuesta ya a alejarse en busca de su padre, añadió, libre enteramente de rencores, y mirándole aún con aquella mezcla de tristeza y de lástima:

—Conviene que se desconfíe, créame. El cascabel nunca ha llevado consigo la alegría que le hace cantar.

Perturbado todavía, Daniel subió a uno de los coches. Pronto estuvieron todos llenos, y unos tras otros partieron en larga fila hacia la estancia, cuyo caserío se divisaba a lo lejos, claro y alegre entre árboles. Sin muelles los coches, recios y duros como carros de guerra, saltaban pesadamente sobre los baches, a lo largo de aquel camino de barro seco, que parecía cocerse al sol.

Limitada por cercas de alambre desnudo, la cinta parda del camino metíase entre alfalfares lozanos. Ante cada talanquera había un peón encargado de abrirla. Por fin, ya en plena estancia, detuviéronse los carruajes junto a un amplio edificio caleado de fresco, cuya entrada blanqueaban columnas airosas, y alrededor del cual se extendía un parque no menos cuidado que el de una ciudad, con fuentes de mármol y bronce en las encrucijadas de los caminos enarenados, con árboles tan altos para la sombra y hasta tan elegantes postes del alumbrado para las noches de fiesta. En los estanques había peces de colores, y los pavos reales desplegaban al sol, aquí y allá, su plumaje vistoso.

Trujillo, que desde la estación no había podido cruzar con Daniel la palabra, le pidió sus plácemes alegremente.

—Ya ves si estaba yo en lo cierto. ¡Que no quiere a nadie! ¡Quiere a todos menos al farfanton de Farfán! ¡Quiere a cuantos le parezca que no van a molestarla mucho tiempo!

